



cristopher sander

EL SELECTOR



Con sensibles interferencias, el piloto intentaba, desesperadamente, comunicar con la Tierra. Su espacionave, materialmente destrozada, se acercaba a tremenda velocidad y, si no aminoraba la marcha, se desintegraría con el inevitable choque que le opondría la atmósfera terrestre.

Seiscientos…, quinientos…, cuatrocientos… Las millas que faltaban para llegar se acortaban con rapidez de relámpago. El piloto miró uno de los relojes de distancia y su rostro palideció; estaba casi encima de la barrera atmosférica y nada podía hacer. Por enésima vez presionó con todas sus fuerzas la palanca de retroceso y ésta cedió unos milímetros, los suficientes para poner en movimiento el turborreactor atómico de retroceso, el cual vomitó una lengua de fuego que frenó pausada pero enérgicamente la loca carrera de la nave. ¡Estaban salvados! Sólo tenían diez o doce kilómetros por delante y habrían llegado con vida.

Con violentas sacudidas quedó inmóvil en el suelo, junto a la pared del edificio de la
P. S. T.,
cuyas siglas correspondían a la de la Policía Sidérea Terrestre.



Cristopher Sande

El selector

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 365

ePub r1.0
Lds 07.04.19

Título original: *El selector*
Cristopher Sande, El selector
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



En algún lugar, quizá más allá de todas las galaxias, las voces buscan su última morada para dejar de vibrar en el aire y extinguirse definitivamente, pasando a un nuevo mundo: El mundo de la nada. Mientras, vagan por el espacio durante varios milenios.

CRISTOPHER SANDER

EL SELECTOR.



PRÓLOGO

Ciro es uno de los satélites de la Tierra; dista de ella
400 000 Km.
Y su diámetro oscila entre los 500 y 600. A su lado
(10 000 Km.),
se encuentra Lotus, de proporciones similares:
600 Km.
De diámetro.

Éstos pequeños planetas están regidos en el siglo XXXV, por el hombre terrestre. En Lotus se halla la prisión espacial de toda la galaxia y los presos que por su conducta dan muestras evidentes de buen comportamiento son trasladados a Ciro, donde existe otra prisión menos severa en la que acaban de regenerarse. De allá son transportados a su planeta natal para emprender de nuevo una vida mejor.

CAPÍTULO PRIMERO

Con sensibles interferencias, el piloto intentaba, desesperadamente, comunicar con la Tierra. Su espacionave, materialmente destrozada, se acercaba a tremenda velocidad y, si no aminoraba la marcha, se desintegraría con el inevitable choque que le opondría la atmósfera terrestre.

Seiscientos…, quinientos…, cuatrocientos… Las millas que faltaban para llegar se acortaban con rapidez de relámpago. El piloto miró uno de los relojes de distancia y su rostro palideció; estaba casi encima de la barrera atmosférica y nada podía hacer. Por enésima vez presionó con todas sus fuerzas la palanca de retroceso y ésta cedió unos milímetros, los suficientes para poner en movimiento el turborreactor atómico de retroceso, el cual vomitó una lengua de fuego que frenó pausada pero enérgicamente la loca carrera de la nave. ¡Estaban salvados! Sólo tenían diez o doce kilómetros por delante y habrían llegado con vida.

Con violentas sacudidas quedó inmóvil en el suelo, junto a la pared del edificio de la P. S. T., cuyas siglas correspondían a la de la Policía Sidérea Terrestre.

Al instante una nave-ambulancia acudía al lugar del suceso y descargaba rayos de vacío alrededor de la espacionave, inutilizando cualquier sustancia radiactiva.

Varios enfermeros y un equipo de mecánicos se dispuso a entrar. La rampa que daba acceso se deslizó con un fuerte chirriar y la puerta corrediza quedó a medio abrir, dejando una pequeña obertura por la que deberían deslizarse a gatas el equipo de emergencia.

La visión que se ofreció a los ojos de todos no fue muy

agradable. Dos de sus cuatro ocupantes yacían en el suelo con las facciones contraídas; uno de los enfermeros se apresuró a ayudar a sus ocupantes.

—No se preocupen por ellos. Nada pueden hacer; murieron mucho antes de llegar aquí.

—¿Qué ocurrió? —preguntó uno de ellos.

—No hagan preguntas y vengan. ¡Rápido!

Cruzaron un corto pasillo y entraron en la cabina de mandos. Un hombre estaba recostado en la pared con las piernas aprisionadas entre la pantalla de control.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó uno de los mecánicos.

—No muy cómodo, pero creo que no tengo nada roto —contestó Sergio con una leve sonrisa.

—Le sacaremos de aquí, señor.

Sergio Miranda era Teniente Coronel del departamento de archivos de la

P. S. T.

y del servicio de inteligencia. En el lado izquierdo del pecho mostraba, cuando estaba de servicio, dos franjas doradas de unos siete centímetros de longitud, puestas horizontalmente.

Los sopletes radiónicos entraron en acción fulminando con sus potentes rayos los gruesos cables que se enrollaban por entre las piernas de Sergio.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó, al mismo tiempo que hacía un gesto a Sam, el otro superviviente para que se acercara.

—Está bastante enredado, Teniente Coronel…

—¿Cuánto? —insistió él.

—Unas dos horas.

—¿Estás bien, Sam?

—Perfectamente; tuve suerte.

—Aquí poco puedes hacer —añadió Sergio y prosiguió—: Llama a Elsa. Estará impaciente.

—¿Qué le digo? —dijo Sam, refiriéndose al estado en que se hallaba Sergio.

—Arréglalo como puedas… Arréglalo bien, Sam.

—No te preocupes. Ella tardará más de dos horas en llegar y tú ya estarás libre.

—Nos veremos en mi despacho…

Sam hizo un característico saludo con la mano y se dirigió hacia el edificio. Fue directo al tele-traductor y pulsó un botón, correspondiente al idioma que iba a hablar.

En varias lenguas podían entenderse en la Tierra a través del tele-traductor. Era un aparato similar al teléfono del siglo XX, pero con ciertas modificaciones que hacían que su uso fuera sumamente más útil. En su interior se había colocado un cerebro electrónico traductor de idiomas. A un lado del disco habían varios botones los cuales conectaban con el mecanismo que debía traducir, haciendo de este modo de intérprete directo, insustituible en aquellos tiempos.

Tal sistema, por su elevado coste, era usado en el siglo XXXV sólo en las grandes agencias de viajes interplanetarios.

Una voz femenina habló al otro lado del hilo.

Sam mencionó dos cifras acompañadas de una letra y esperó un instante; al poco raro otra voz femenina dijo un nombre por el tele-traductor:

—¿Sergio?

—Soy Sam, Elsa.

—¡Sam! ¿Dónde está Sergio? —exclamó nerviosamente.

—Cálmate. Está bien. No te ha llamado él porque tiene que resolver algo de suma importancia. Dentro de dos horas y media estará en su oficina.

—Me pongo en camino.

—De acuerdo, hasta ahora.

Mientras, Sergio pensaba en aquella pesadilla que había terminado con un trágico final.

Todo había empezado diez días atrás cuando…

* * *

El despacho era espacioso y con grandes ventanales, haciendo la estancia clarísima. La mesa se mantenía sostenida a treinta centímetros del suelo; carecía de patas y era un sistema antigravitatorio el que ejercía aquella fantástica visión en el mueble. La silla giratoria se encontraba en idénticas condiciones y sentado en ella Sergio Miranda repasaba unos papeles. En el cenicero un cigarrillo vitamínico se consumía lentamente.

En el siglo XXXV no existía tabaco con dosis de nicotina, alquitrán u otros elementos dañinos para el organismo; los cigarrillos de entonces eran benignos para el cuerpo, fortaleciendo el sistema nervioso especialmente y alargando la vida de los seres de aquella época. No ardían con fuego sino que cuando se introducía uno en los labios, al aspirar empezaba a consumirse.

El tele-traductor sonó varias veces. Sergio alargó el brazo pausadamente y descolgó.

—

P. S. T.

¿Diga? —contestó.

La voz de su interlocutor sonaba clara y se expresaba con rapidez; la reconoció en el acto. Se despidió cortésmente y colgó.

—¡Vaya! —Monologó—, algo grave ocurre.

Instantes después salía del despacho apresuradamente y daba algunas órdenes concretas a un oficial.

Salió al exterior y contempló la ciudad, que se extendía hasta perderse de vista en el horizonte. Fantásticas construcciones hechas con el más duro metal se alzaban verticalmente a cientos de metros sobre el suelo, cruzadas en todas direcciones por anchísimas e inacabables autopistas suspendidas por gruesos cables de acero blindado. Los edificios y las autopistas estaban unidos por infinidad de puentes que cruzaban el aire a diferentes niveles y que, sin embargo, aparentando un espantoso desorden, servían espléndidamente, al final para el que habían sido construidas: regularizar y descongestionar la enorme circulación de la ciudad.

Por encima de la cúspide del más alto de los edificios volaban en todas direcciones y a velocidad de vértigo los autonaves, pareciendo desde abajo como si la atmósfera estuviese plagada de brillantes insectos volando en completo desorden.

Subió a su radiomóvil y enfiló hacia la autopista que le pareció menos concurrida. Al entrar en ella conectó el neutralizador de calor, haciendo la atmósfera en el interior del vehículo mucho más soportable.

En pocos minutos llegó al punto de destino y dejó el autonave en un tramo de pista muerto, especialmente destinado al aparcamiento de vehículos espaciales oficiales.

Entró en el edificio y cruzó el vestíbulo dirigiéndose al ascensor;

mientras, extrajo un cigarrillo de la pitillera y aspiró varias veces profundamente. Exhaló luego el invisible humo y comprobó que su cuerpo había asimilado bien el extracto vitamínico, dándole algo más de energía a sus músculos.

Penetró en el ascensor y subió por espacio de veinte segundos hasta la planta 112, donde se hallaba el alto mando.

—¡Pase! —exclamó la misma voz que le había hablado por el tele-traductor momentos antes—. La puerta está abierta.

El despacho era similar al de Sergio aunque mucho más recargado. En las paredes habían mapas de diferentes tamaños, algunos cuadros simbólicos y diversos objetos de adorno.

—Entre, Sergio y siéntese —dijo el hombre que había tras la mesa y continuó—: Me alegra verle pero lamento que sea en estas circunstancias…

—Gracias, General. ¿Qué ocurre? —contestó Sergio, sentándose en un sofá antigravitatorio y sacando un cigarrillo que el General aceptó.

—Gracias… No hay tiempo para ir con rodeos y voy a explicarle algo que le sorprenderá.

Sergio escuchaba en silencio.

—En algún lugar hay alguien que vigila todos nuestros movimientos y escucha las conversaciones.

—¡Eso es inaudito!…

—¿Qué pensaría usted si le dijese que Marte se nos ha adelantado en la adquisición del cargamento de Uranio?

—Esto es imposible. Nadie, excepto nosotros dos, lo sabía.

—Efectivamente y si no fuera porque a usted le interesa tanto como a mí ese cargamento llegaría a sospechar…

—Pero…

—Perdone, Sergio, pero es un caso que me preocupa demasiado.

—¿Sabía lo del cargamento su secretaria? —insinuó Sergio.

—Sabe usted que suprimo intermediarios en casos de envergadura…

—Desde luego. Por un momento se me olvidó —dijo rectificando y prosiguió—: ¿Sospecha de alguien del personal?

—De todos y a la vez de nadie. Es prácticamente imposible que alguien se haya enterado de nuestros propósitos a no ser que… —vaciló el General.

—Hable, por favor…

—Escuche: No recuerdo que en ninguna ocasión le haya llamado por su graduación; eso quiere decir que existe entre nosotros suficiente confianza para hablar claro.

—¡Desde luego, General! Le ruego que lo haga sin rodeos.

—Esto es lo que me induce a hacerle una pregunta que no le agradará, pero dadas las circunstancias y la importancia del asunto me veo obligado a hacérsela: ¿Lo sabía su esposa?

—Muy por encima le he contado algunos detalles que carecen de importancia, pero Elsa jamás hablaría de eso con nadie. Es decir, ella no tiene nada que ver con ese particular. Podemos estar tranquilos…

El tono en que hablaba Sergio no era el acostumbrado en él; el General se percató de ello y se apresuró a rectificar.

—Lo siento, Sergio, no fue mi intención molestarle al hacer mención de Elsa, pero ya sabe cómo son las mujeres; hay veces en que sin querer… en fin, olvide lo que le he dicho y discúlpeme.

—Voy a hacer una llamada —dijo Sergio—; tal vez el profesor Liz pueda decirnos algo sobre este caso.

—¿Qué le induce a pensar que Liz pueda saber sobre esta cuestión? A no ser que… —vaciló el General.

—¿Que nos haya traicionado? —concluyó Sergio.

—Me cuesta creer que el Profesor sea capaz de una cosa así.

—Desde luego, y sólo puede haber una razón por lo que él emplease su máquina en contra nuestra.

Sergio no dijo nada más y se apresuró a efectuar la llamada.

En el dialecto de Lotus le contestaron del otro extremo. El teletraductor se encargó de traducirle la conversación.

—Póngame con la oficina central de Lotus. Con el profesor Liz.

Esperó unos segundos y una voz que se oía lejana se puso al aparato.

—Oficina central. Diga.

—Al habla el Teniente. Coronel Miranda, de la

P. S. T.

terrestre. Quiero hablar con el profesor Liz.

—El profesor no está aquí.

—Explíquese —dijo Sergio.

—Hace unos días marchó a Ciro. Según creo se trataba de un

asunto delicado.

—¿Delicado? ¿Qué clase de asunto?

—El profesor no da explicaciones cuando sale…

—Pero deben de saber cuándo regresará…

—Lo ignoro. Ya le dije que nunca dice nada de sus viajes.

CAPÍTULO II

Una corpulenta silueta se dibujó en la puerta. El material de ésta era translúcido, pero sólo por una de sus caras se podía ver con nítidos detalles a la persona que se hallaba detrás.

—Es Sam —aclaró Sergio.

Brito pulsó un botón de la mesa y la puerta se deslizó hacia un lado.

—Pasa, Sam —dijo el General y añadió—: Llegaste en el momento oportuno.

—¿Sucede algo, General? —bromeó.

El general Brito y Sam eran hermanos pero el segundo ostentaba la graduación de Teniente.

—¡Hola, Sergio! —saludóle con un rápido gesto de mano.

Sergio le sonrió.

—Tú siempre de broma.

—Dijiste que llegué en el momento oportuno. ¿Por qué?

Brito se sentó e invitó a ellos a que hiciesen lo propio. Sacó una cajetilla y extrajo un cigarrillo. Sam alargó el brazo y cogió uno.

—Y bien… —dijo, mientras aspiraba profundamente, expeliendo el humo con suavidad.

Sergio le puso al corriente de todo en breves palabras.

—¿A qué habrá ido el profesor a Ciro? —repuso Sam.

—Ésa es una de las cosas que tendremos que aclarar —contestó Brito—. Y ahora escuchen —continuó—: Una tremenda sospecha se ha apoderado de mí y cuanto más pienso en ello mayor es mi desconfianza.

Los dos quedaron asombrados ante aquellas palabras, aunque Sergio vislumbró algo en ellas.

—Creo comprender, General, y me aterra sólo el pensar que el

cerebro de voces de Liz haya caído en manos poco escrupulosas.

—¿Te refieres al selector de sonidos? —dijo Sam.

—Exactamente.

—Esto es imposible puesto que no hay nadie que conozca su manejo, excepto él, claro está.

—No seas infeliz, Sam —repuso el General—. A los 55 años se aprecia la vida más de lo que te imaginas.

Las palabras de Brito fueron interpretadas en su doble intención.

—Creo entender que este problema lo tendremos que resolver Sam y yo. ¿No es eso General?

—Así es y el caso es bastante delicado si queremos salvar a Liz. Antes de cinco días debéis estar en Lotus y tener resuelto este asunto…

—¿Cinco días? —cortó Sam y añadió—: ¿Cinco días terrestres?

—Lotunianos.

—¡Esto es imposible!

Sergio y Brito callaron ante la exclamación de Sam; sabían que era demasiado precipitado puesto que los cinco días en Lotus eran cortísimos dado su pequeño diámetro y rapidez de rotación con respecto a la Tierra. Cinco días terrestres equivalían a unas diez horas en aquel planeta.

—Sé —continuó Brito después de aquella pausa— que representa muy poco tiempo, pero si nuestra sospecha es la realidad no nos queda otra alternativa…

Solucionar esto en ese tiempo o arriesgaros vosotros. El selector de Liz actúa a los cinco días después de la conversación y lo que hemos —o mejor dicho—, lo que estamos hablando ahora lo sabrán en ese tiempo, luego…, si os retrasáis, en vuestras averiguaciones caeréis también.

Brito oprimió un botón y del subsuelo, al lado de la mesa, se elevó lentamente un metro cuadrado de piso y un pequeño bar-frigorífico apareció donde momentos antes no había nada.

—¿Qué les parece?

—¡Vaya! —exclamó Sam—, hacía tiempo que no tomaba ningún refrigerio. Dame zumo de piña…

Brito y Sergio sonrieron.

Después de tomar pausadamente aquel refresco, Brito insistió sobre el plan a trazar.

—¿Cómo se presentarán en Lotus? Recuerden que no es conveniente hacer recaer sospechas. Es evidente que desconfíen, si tienen algo que ocultar, pero si es así ello confirmará nuestras dudas.

—No vamos a ir a Lotus ahora, General; nuestro inmediato destino será Marte; quizás podamos averiguar algo.

—En Marte no saben nada puesto que vendieron al mejor postor…

—¿Al mejor postor? —repitió—. Ésta no es razón. Por lo visto nos descartaron a nosotros en la subasta… y es que entre Marte y Lotus siempre existió una cierta amistad.

—Amistad de conveniencia, Sergio, ya que, en realidad, estos dos planetas siempre se han considerado como enemigos en tiempo de paz.

—Exacto, pero hay veces que dos grandes enemigos se unen si dicha unión puede beneficiarles y entonces se forma una potencia capaz de destruir a cualquier nación sin contemplación alguna.

Sergio hizo una pequeña pausa y añadió:

—Estamos ante un delicado problema y tenemos que hallar cualquier rincón por inverosímil que éste sea.

—De acuerdo —agregó Brito—. Vosotros mandáis esta expedición. ¿Cuándo partiréis?

—Ahora mismo. Poco tiempo nos queda para pensar.

Sergio marcó un número en el tele-traductor y habló con Elsa unos minutos; los suficientes para explicarle su viaje. Mientras, Sam organizaba las cosas para que todo estuviese listo para la marcha.

Por aquel entonces Marte se hallaba a su distancia mínima de la Tierra y esto les favorecía. En poco menos de dos horas pisarían el suelo marciano; tenían que calcular bien el tiempo puesto que luego, al regresar a Lotus emplearían dos horas más.

Todo estaba previsto; no se avisó a nadie y sólo Brito despedía a aquellos hombres que partían hacia el planeta en busca de cualquier detalle que les diera luz a aquel enigma. Sam tripulaba la nave superlumínica mientras Sergio, sentado frente a la pantalla televisora observaba mentalmente la distancia que les separaba de Marte y la manera de empezar una investigación que no hiciese recaer sospechas.

Repentinamente se dirigió a Sam, que parecía estar durmiendo

frente a los controles.

—¿Piensas en Marte?

—Sí. Deseo ver lo que tanto tiempo he esperado. ¿Tienes el lugar elegido para tomar tierra?

—Lo haremos en el gran valle. Es el único sitio para sacar alguna información.

—¿Qué tal es todo aquello?

—Quizá te guste…

—¿Quieres tenerme en ascuas?

Al cabo de unos minutos, desde la altura, Sam contemplaba el maravilloso espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Jamás hubiese podido sospechar que existiera una región como aquélla. Hundida en un profundísimo valle, rodeada de elevadísimas montañas, imposibles de franquear si no era por vía aérea, se veía una ciudad de singular belleza y atractivo.

En contraste con las nieves que cubrían las crestas y hasta más de la mitad de las laderas de las montañas, el suelo del valle era una explosión de color, principalmente verde oscuro, aunque también abundaban los otros matices del espectro. Varios riachuelos de aguas plateadas discurrían por distintos parajes del gran valle, reuniéndose en el centro del mismo y formando un lago de unos siete u ocho kilómetros de extensión por cuatro o cinco de ancho. El valle mediría unos sesenta kilómetros de longitud por la mitad de anchura, aproximadamente y estaba cubierto casi en toda su totalidad por una densa vegetación que, sin embargo, carecía de la, a veces, repulsiva frondosidad de la jungla tropical. Era una vegetación de país cálido, más bien de tipo mediterráneo que ecuatorial, y la fauna vegetal de todo tipo y colorido abundaban por cualquier parte a donde se dirigía la vista.

Los detalles iban percibiéndose más a medida que la nave perdía altura. El valle ofrecía nuevos y más sugerentes atractivos a cada momento que pasaba. Sam contemplaba el fascinante espectáculo, mudo de admiración.

—¡Esto es maravilloso…, sencillamente maravilloso! —exclamó al cabo de un rato, como saliendo de un éxtasis.

—¿En qué planeta nos hallamos?

—¿Estás seguro de que esto es Marte? Nunca creí que pudiera existir una ciudad semejante; ni remotamente. ¿Cómo ha podido

permanecer escondida e ignorada para mí durante tanto tiempo?…

Sergio no pudo por más que sonreír ante el asombrado Sam.

—Vamos, Sam, quien te oyese diría que nunca has salido de la Tierra. Dentro de poco podrás contemplarlo de cerca…

El aparato se deslizaba a ras de suelo, en dirección al lago, volando a corta distancia de las copas de los árboles, sobre un arroyuelo que corría en dirección Este-Oeste.

Fue frenando paulatinamente hasta que la espacionave, con toda suavidad, se posó en la tierra.

El lugar elegido por Sergio estaba situado un poco apartado de la ciudad.

Por debajo de la nave surgió una rampa que se deslizó lentamente hasta tocar el suelo. Una escotilla se abrió y la cabeza de Sergio apareció al exterior.

El tenue aire de Marte estaba fresco pero no realmente helado. Aún no había llegado el invierno a las latitudes sureñas del planeta rojo y durante el día la temperatura se mantenía bastante por encima del grado de congelación.

Sergio miró a ambos lados e hizo un gesto a Sam para que le siguiese. El termómetro marcaba cinco grados sobre cero y podían aventurarse a salir sin necesidad de usar mascarillas respiratorias. Esto les facilitaba las cosas puesto que podían hablar y al mismo tiempo moverse con mayor libertad.

—¡Vaya! —exclamó Sam al salir al exterior— éste no es el cálido ambiente terrestre.

—Desde luego que no —replicó Sergio—, pero no será esto obstáculo para nuestro propósito.

—¿Dónde nos informaremos?

—Primero escucha: Recuerda que no venimos en misión militar sino en viaje turístico. Diariamente llegan a centenares gentes de otros planetas. Nosotros seremos uno de tantos extranjeros.

Sergio empezó a andar en dirección a la ciudad y Sam le siguió en una rápida carrerilla.

—¿Recuerdas a Sandar? —dijo Sergio sin mirarle.

—¿Sandar Démon?

—Si.

Sergio extrajo un cigarrillo y ofreció otro a su amigo. Luego prosiguió:

—Él es el único que puede informarnos. Es miembro de la Agencia Interplanetaria de Marte y está bien introducido en cuestiones políticas.

—¿Qué hora es? —agregó.

Sam corrió la pequeña cremallera que ajustaba herméticamente el puño de la pelliza de cuero metálico a su muñeca.

—Poco más de las nueve. ¿Crees que habrá llegado?

—Llamaremos a su casa. Hay demasiada distancia de ella a la agencia para arriesgarnos. Por algún lado debo llevar su número de teléfono…

A medida que se acercaban a la ciudad el aire era más cálido, haciéndose la atmósfera también más respirable.

Las casas eran bajas y sus construcciones modernas; en cada una de ellas (exceptuando un reducido número), se distinguía perfectamente un punto elevado, una pequeña caja metálica, accesorio imprescindible para el funcionamiento del televisor y del teléfono-visor.

—¡Esto es magnífico, Sergio! —exclamó Sam—. Nunca hubiese imaginado Marte así…

—Pues observa bien el camino y estas magníficas construcciones por si acaso no podemos volver a verlo.

—No seas pesimista. Esto no va contigo —dijo Sam mientras señalaba con el pulgar lo que a él le parecía un bar.

—¿Entramos ahí? —objetó.

Sergio le miró de reojo y sonrió pronunciadamente.

—¿Hay algo malo en ello? —insinuó Sam.

—No, pero éste no es el lugar apropiado para nosotros… Es donde vienen a este mundo los bebés.

En aquella ocasión fue Sam quien le miró sin ladear la cabeza, dejando escapar una leve sonrisa.

Ya en el corazón de la ciudad dirigieron sus pasos hacia el edificio de correos. Quince o veinte escalones los separaba de la entrada y a un metro de ellos un invisible haz de luz estaba dispuesto para que, cuando éste fuera cortado por ellos o cualquier persona, la corta escalinata se pusiese en movimiento, transportándolos a su parte superior donde otro circuito detendría el mecanismo, inmovilizando los escalones.

El interior del edificio era espacioso y con grandes ventanales,

que esparcían claridad por todos los rincones.

Un botones se apresuró en atenderles. Por señas le hizo entender que quería hacer una llamada telefónica.

CAPÍTULO III

El inconfundible sonido del teléfono-visor sonó repetidas veces en la habitación de Sandar Démon, quien, con gesto rudo, descolgó el aparato.

—¿Quién será? —exclamó malhumorado, sentándose en la cama y encendiendo pausadamente un cigarrillo.

—Perdona, querida —dijo, haciendo una expresiva mueca con los labios.

El diálogo duró unos minutos y, después de colgar, Sandar se dirigió a un pequeño estante donde se sirvió algo de beber.

—Es Sergio —dijo con sequedad, después de vaciar de un solo trago el contenido del vaso.

—¿Y qué?… —Obedeció ella.

—¡Vamos, vístete! Creo adivinar a lo que ha venido…

El rostro juvenil de Sonia se endureció ante la sobriedad de Sandar, que ya no hacía el menor caso a la seducción de ella.

—Todos sois iguales: cualquier cosa os desorienta —refunfuñó.

Minutos después, dos siluetas quedaban perfectamente dibujadas frente a la puerta. Sandar se apresuró a abrir y saludó a Sergio efusivamente. Después de las presentaciones de Sam y de Sonia se sentaron. Charlaron animosamente durante un rato y después una engorrosa pausa procedió a la conversación.

—Tienes una bonita casa —dijo Sergio, cortando aquel silencio repentino y mirando a Sonia.

—Puedes hablar sin rodeos; no te preocupes —aclaró Sandar, adivinando aquella mirada.

—¿Sabes lo del cargamento? Cien kilos de Uranio vendidos al mejor postor. Naturalmente sin que nosotros nos enterásemos…

La pregunta fue rápida y tocó un punto sensible de Sandar,

quien cambió de expresión.

—Todo fue legal —repuso, sin pensar la respuesta.

—Luego, lo sabes. Supongo que los beneficios estarán de acuerdo con tu colaboración…

—¡Escucha! ¡No tengo ganas de discutir sobre esto ni tampoco qué ver!

—Oye bien eso —exclamó Sergio—: No es el cargamento lo que nos preocupa, sino la manera cómo se ha conseguido. Conoces al Profesor Liz y sabes también la clase de máquina que logró fabricar. Si este cerebro ha ido a parar a manos profanas puede ocurrir una catástrofe irreparable.

—Estoy de acuerdo pero yo sólo fui una pequeña pieza de su mecanismo; de ese mecanismo que se apoderó del cargamento.

Sandar hablaba con sinceridad y no pasó desapercibido para ambos.

—Contesta sólo una pregunta y te prometo partir ahora mismo —dijo Sergio.

—¡Habla!… ¿Es él, dueño de sus movimientos?

—Te lo diré de otro modo: ¿actúa por su propia voluntad?

La expresión de Sandar confirmó negativamente la pregunta formulada por Sergio.

—Entiendo —dijo, dirigiéndose hacia la puerta y añadió—: Creo que nos volveremos a ver.

—¡Espera! Ya te he dicho que no pude hacer nada para evitarlo…

—¡Vamos, Sam! —Fue la respuesta, haciendo caso omiso a Sandar, que continuaba hablando.

La puerta se cerró tras ellos. En la calle Sam paró un taxi-nave que los transportó en breves segundos hasta su misma espacionave.

Para ellos empezaba a partir de entonces la verdadera aventura en la que deberían sortear toda clase de dificultades.

Rápidamente el planeta rojo fue desapareciendo tras ellos, mientras la nave surcaba el éter en dirección a Lotus, dispuestos sus ocupantes a desbaratar los planes de un cerebro que quizás pensaba demasiado.

Llevaban 90 minutos de vuelo cuando Sam advirtió la presencia de tres cazas atómicos; un solo impacto de alguno de ellos sería

suficiente para desintegrarlos.

—Éstos vienen por nosotros —exclamó Sam, situándose en la torreta superior.

Antes de que los tres tomaran posición Sergio pisó a fondo el acelerador y la esfera remontó verticalmente hasta colocarse sobre ellos; luego efectuó un semicírculo y quedó detrás de uno. Éste se interpuso en el campo visual de tiro y Sam oprimió tres veces consecutivas un pulsador del cual partió un fulgurante haz de luz de color verdoso y se incrustó como un trallazo en la parte trasera de la nave enemiga, haciendo gemir la misma atmósfera. El aparato dio una vuelta de campana y enfiló su proa con velocidad de vértigo, hacia los abismos siderales.

Sólo unos segundos habían transcurrido…, los suficientes para que las otras dos naves se emplazaran detrás de ellos. No podían intentar hacer lo mismo porque estarían prevenidos y su camino sería seguido por los cazas. Los dos a la vez soltaron su mortífera carga y una lluvia de proyectiles atómicos partieron en busca de su presa. Sergio viró con rapidez de relámpago hacia la derecha, desviándose algunos centenares de metros en fracciones de segundo y un momento después pasaba silbando aquel alud mortal.

Tenía que hacer algo para despistarlos. Los cazas se acercaban más y más y quizás esta vez no lograría esquivarles. Sam pulsó repetidas veces el disparador e infinidad de rayos zumbaron cerca de las dos naves sin tocarlas. Eran sumamente rápidas y se desplazaban de un lugar a otro con una facilidad que Sam no podía controlar.

Sergio viró sobre su propio eje y retrocedió hasta colocarse entre los dos, efectuando raros movimientos; si alguno de ellos disparaba corría el riesgo de atacar a su compañero. Aquella situación duró sólo unos instantes y antes que se separasen los cazas, Sergio descargó por ambos lados de la esfera dos potentes rayos de vacío. Las dos naves quedaron completamente aisladas de la atmósfera que las circundaba y neutralizadas para maniobrar.

Los efectos de aquel rayo, desconocido para sus enemigos, duraría escaso tiempo pero era suficiente para poder actuar ellos. Sam oprimió de nuevo el disparador en ambas direcciones y momentos después una tremenda lengua de fuego hacía sucumbir para siempre los dos cazas.

Sergio miró con gesto interrogativo a Sam.

—¿Piensas lo que yo? —dijo.

—¿Sandar? —respondió Sam.

—¿Quién si no? Sólo él sabía el motivo de nuestro viaje.

Sam asentó con la cabeza.

—Perdimos mucho tiempo —prosiguió Sergio—. Conviene que aceleremos aunque creo que de nada nos servirá; si están enterados en Lotus, nos esperarán.

—Tenemos que arriesgarnos.

La nave surcó el espacio vertiginosamente; poco después alcanzaban el cielo de Lotus y la situación geográfica del pequeño satélite terrestre se percibió clara, con rasgos perfectamente definidos.

Sergio detuvo la esfera en el aire y escogió un punto en el que no parecía haber peligro para efectuar el descenso. Escogido el lugar la nave fue perdiendo altura hasta alcanzar el frondoso bosque. Su espeso follaje hacia prácticamente imposible la visibilidad de su suelo.

—No podremos descender más allá de las copas de los árboles, Sergio —exclamó Sam, mirando a uno y otro lado tratando de hallar algún claro donde poder pasar.

—«Más allá de la copa de los árboles» —musitó Sergio para sí mismo.

—¿Qué dices?

—Eres genial, Sam.

Éste lo miró algo desconcertado.

—Nos posaremos en uno de ellos sin pasar de su copa.

Minutos después la esfera reposaba entre las gruesas ramas, escondidas de la vista de cualquier nave que cruzara por encima. El corpulento árbol se alzaba del suelo hasta una altura de 40 metros y su tronco medía unos dos metros de diámetro.

Se abrió una escotilla, por ella asomaron dos cabezas, mirando hacia abajo entre las chamuscadas ramas.

—Buena idea. Aquí es imposible que nos localicen.

—Descendamos.

A medida que se acercaban al suelo la temperatura iba disminuyendo también hasta alcanzar poco más del grado de congelación. El sol quedaba estancado a varios metros de la

superficie sin poder mitigar el intenso frío del interior.

Ambos se frotaron las manos enérgicamente mientras hacían un paro para orientarse.

—No contábamos con esto —dijo Sergio y prosiguió—. Si el frío se acentúa tendremos que regresar a la nave y coger los trajes térmicos.

—Continuemos; quizás no sea necesario.

Por fin pisaron el suelo de Lotus y Sergio procedió a poner un distintivo en el tronco del árbol.

—Es la única forma de que lo hallemos después…

Sam asintió con la cabeza.

—Bien, vamos.

Durante largo rato andaron sorteando los numerosos obstáculos que ponían las intrincadas ramas.

Sam miró a su derecha y dio un empujón a Sergio.

—¡Al suelo! ¡Nos han descubierto!

Un segundo después tres proyectiles se estrellaban junto a sus cuerpos, haciendo astillas a una gruesa raíz. El espeso follaje les favorecía y optaron por ahorrar disparos puesto que los necesitarían para otra ocasión tal vez más comprometida.

Sergio hizo un ademán para que Sam se distanciase de él, tratando de sorprender a los atacantes; eran tres y sus pistolas se movían con rapidez, buscando el blanco para descargar su mortífera carga.

Sam se dejó ver un instante y una lluvia de proyectiles hizo blanco en el tronco, penetrando unos centímetros en la madera. Este instante lo aprovechó Sergio y en rápida carrerilla se precipitó hacia los tres haciéndoles perder el equilibrio de un fuerte encontronazo.

Sam ya estaba a la perspectiva y se echó sobre uno, estrellando su puño en la mandíbula del sorprendido atacante. Éste lanzó un seco gemido y cayó fulminado casi sepultado entre la maleza. Mientras, Sergio se debatía con fiereza, golpeando a uno y cogiéndole de manera que diese la espalda a su enemigo, impidiendo así que utilizase el arma. Sam no tenía tiempo de saltar sobre él y retrocedió ante la amenazadora pistola de su enemigo, que oprimía el gatillo, desesperadamente sin precisar el blanco.

El atacante seguía disparando y una de las mortíferas balas se

incrustó en el costado izquierdo de su propio amigo, perforándole el corazón. Este contrajo el rostro haciendo una mueca de dolor y se desplomó al instante. Sergio lo sostenía para no quedar al descubierto y otros nuevos disparos zumbaron en el aire rasgando la piel del inerte cuerpo y penetrando otras en él.

—¡Dispara, Sam! —exclamó Sergio, tratando de retroceder.

Sam pulsó con rapidez el conmutador y apuntó con precisión y un rayo de color verdoso dio de lleno en el pecho de su enemigo, desintegrando parte de él.

—¡Uf! No podía más —suspiró con alivio Sergio, dejando caer aquel cuerpo exánime.

—¿Qué hacemos con ése? —dijo Sam, mirando al único superviviente, que se levantaba pesadamente. La pistola de Sergio apuntó hacia él; el desconocido hizo un ademán de estupor y se quedó inmóvil.

—No temas, no matamos por el placer de hacerlo —aclaró y añadió—: Átalo; no adelantamos nada matándolo… Debemos tener los ojos bien abiertos; no creo que sean sólo tres los que hayan mandado para prendernos. Deben de haber más por ahí.

—¿Crees que pasaríamos desapercibidos cambiando nuestras ropas? —propuso Sam.

Sergio no contestó, limitándose a pensar un instante; luego procedió rápidamente a despojar de la vestimenta a uno de ellos.

—¿A qué esperas? No hay tiempo para pensárselo.

En pocos minutos cambiaron de personalidad convirtiéndose en dos habitantes más de Lotus.

Prosiguieron la marcha hacia la ciudad con sus nuevas ropas y se detuvieron unos metros antes de dejar la selva, agazapándose por entre los arbustos. A poca distancia de ellos dos nativos del planeta charlaban descuidadamente junto a un vehículo del ejército.

—Tenemos que hacernos con él, Sam —susurró, Sergio mientras pensaba un plan.

—Escóndete por ahí…

Instantes después, Sergio salía al exterior haciendo gestos con las manos para llamarles la atención. La vestimenta les favorecía y los dos se dirigieron hasta donde él se encontraba. Éste volvió algo la cabeza y avanzó unos pasos hacia el interior, haciendo señas para que le siguieran. Después de andar unos metros, Sergio se detuvo

dando la cara a los confiados soldados y saltando como un relámpago detrás de un árbol. Por un instante los dos quedaron confundidos sin saber qué hacer, pero sus reflejos eran rápidos y descargaron la mortífera carga de sus fusiles sobre Sergio.

Se disponían a cargar sobre él cuando Sam actuó de forma contundente, soltando sus terribles rayos de vacío sobre ellos. Sólo se oyó un débil gemido; luego sus cuerpos se desplomaron pesadamente, convirtiéndose al instante en dos masas de carne sanguinolentas. Sergio hizo un gesto de angustia y se reunió con su amigo.

—Vámonos de aquí… Esperemos que no haya nadie en la nave…

En una rápida carrerilla se situaron junto a ella y se deslizaren sigilosamente hasta alcanzar la pequeña rampa que conducía al interior. Sergio saltó dentro, apuntando el arma en todas direcciones. Un segundo después lo hacía Sam.

—Hemos dado un gran paso. Esperemos ahora que todo siga así —dijo Sam.

Capítulo IV

Aquel hombre había estado durante seis horas en el suplicio de la silla vibratoria. Era un asiento enteramente metálico, dotado de un movimiento de vaivén rapidísimo. El cuerpo estaba sujeto por correas elásticas; la cabeza quedaba suelta y era imposible tenerla quieta con aquel movimiento. Así pues, cualquiera que fuese su constitución física quedaba completamente exhausto después de aquella prueba de resistencia.

El profesor Liz era el infortunado ser que lo había probado.

Miró a su alrededor y aguzó la vista para ver claro. La luz era escasa y lo que veía eran varias personas en torno a él, balanceándose de un lado a otro. Su cerebro retenía las imágenes en movimiento a pesar de su inmovilidad.

Intentó levantarse pero las piernas no le obedecían; dos de los participantes de aquel complot le ayudaron a ponerse en pie, y por enésima vez una pregunta le perforó los tímpanos:

—¿Cómo se para la máquina?

Todos sabían la importancia que tenía detener aquel cerebro captador de voces, por algunos comentarios que habían hecho el profesor. Si no lo hacían correrían el riesgo de volar en mil pedazos junto con todo el planeta.

Liz trataba de coordinar sus ideas. De pronto, notó que algo se interponía entre sus labios y le humedecía la garganta; automáticamente engulló aquel líquido que sabía a diablos. Su cuerpo se relajó al instante y el cerebro desalojó en un segundo el incesante movimiento, pero no recordaba nada de lo que le había sucedido.

La misma voz de momentos antes insistía de nuevo esperando la respuesta.

—¡Contesta, te conviene! ¿Por dónde se detiene tu máquina? Lleva ya 28 horas funcionando…

Liz sabía que, si facilitaba aquel dato, la Tierra, en corto plazo, claudicaría a las exigencias de aquellos desalmados.

Sólo había una solución a aquel problema: renunciar a su existencia. Por todos los medios trataría de poner fin a su vida para salvar al mundo de aquel peligro inminente.

Laser, jefe de aquella revuelta, sabía que Liz callaría aún a sabiendas de lo que harían con él si no contestaba, luego… tratándole bien, el Profesor no tendría inconveniente en salvar su vida y pararía la máquina.

—Está bien, tú ganas —dijo Laser—. Pero tenemos que llegar a un acuerdo: tu vida por algunas informaciones que me interesen. ¿Qué respondes?

—¿Puedo acaso opinar? —contestó y añadió luego—: Sólo quiero que no presenciéis el momento que detenga el cerebro. Es la única forma de conservar mi vida; como tú has dicho te ofrezco a cambio, facilitarte algunos datos…

—De acuerdo, Profesor…

Mientras, Sergio y Sam detenían la nave frente al edificio donde se hallaba Liz.

—Hasta aquí hemos llegado sin ningún contratiempo —dijo Sergio— veamos hasta donde llegamos la próxima etapa.

—No seas pesimista; mientras no nos interrogue alguien seguiremos adelante.

—Es evidente, ¿no es eso? —bromeó Sergio.

Ambos cruzaron los dedos y se miraron un instante.

—Suerte —dijo Sam.

Sergio asintió con la cabeza y se dirigieron hacia la entrada. En el momento que iban a cruzar el umbral una voz les llamó:

—¡Eh! ¡Oigan!

Los dos quedaron como paralizados y se volvieron lentamente.

—Es un agente —musitó Sam—. Nos han descubierto.

—Espera. Veamos lo que quiere. No nos precipitemos.

—¿No saben que está prohibido dejar las naves frente a este edificio?

—No… es decir —se apresuró a rectificar Sergio—, es un instante…

—Tendré que multarles si no la quitan ahora —insistió el agente.

—La quitaremos. Gracias agente.

El policía dio media vuelta y les indicó un lugar.

—Pueden dejarla allá —dijo, alejándose.

—Gracias —repitió Sam, pasándose el pañuelo por la frente. Sergio lanzó un suspiro de alivio.

—Creo que la temperatura ha subido. ¿No te parece? —insinuó Sam.

—Desde luego; parece que estamos sofocados…

Momentos después entraban en el edificio y se detenían junto a una escalerilla que conducía a los sótanos.

El vestíbulo era espacioso y semejante a la entrada de un Banco. Cinco o seis ventanillas despachaban constantemente pases para el traslado de presos al vecino planeta, mientras otras hacían fichas de entrada para los nuevos reos.

Sergio sacó algunos papeles y simuló tomar unos datos. Dieron luego una ojeada y descendieron por la escalera con un fingido diálogo. Mientras iban bajando, Sergio quedóse pensativo observando el traje de su amigo.

—¿Tiene algo mi traje? —dijo Sam, mirándose él también.

—No, y eso es lo que debe preocupamos. ¿Crees que nos facilitaría las cosas si ostentáramos alguna graduación?

—Quieres decir… —vaciló Sam, pasándose el índice por el cuello, en un gesto característico.

—Exactamente…

—Pero aquí… no conocemos el valor de la graduación…

—Lo conocemos. Mira allá.

Sam miró a la dirección que le señalaba Sergio. Un pequeño rectángulo de cristal ostentaba todas las graduaciones que regían el planeta. Estaba colocado al final de la escalera; a la derecha había un vestíbulo y una oficina en la que dos empleados rompían el silencio pulsando con rapidez el teclado electrónico de los ficheros clasificadores. Forzosamente tenían que verles cuando cruzasen el corredor que conducía a las dependencias contiguas. Al pasar, uno de ellos levantó la vista de la máquina y les llamó.

—¡Eh! ¿Dónde vais?

Sergio levantó el brazo y extendió el índice, señalando el pasillo.

—¿Al cerebro? —continuó el otro.

—¿Queréis evitarme unos pasos? Tengo más trabajo del que puede hacer un ser humano —dijo, mostrándoles una carpeta.

—Dame —despistó Sergio, cambiando algo la voz.

—Gracias. Entregadlo al Coordinador.

Sam levantó el brazo en señal de despido.

—¿Oíste? —comentó Sergio—. La máquina del Profesor está aquí, en los sótanos. Creo que al decir «cerebro» se habrá referido a ella…

—Es probable, pero ojeemos esos papeles; quizá nos aclaren algo.

Sergio dio una rápida ojeada a las cuartillas, mientras seguían andando.

—Es evidente que todo esto se refiere al cerebro localizador de voces de Liz. Mira esto.

Sobre el plano de uno de los hemisferios celestes se había trazado unas cifras correspondientes a diferentes horas. Algunas palabras que carecían de sentido para ellos aparecían debajo de los números, confirmando así las sospechas de ambos.

—Esto es muy interesante, Sam. Guardaremos estas notas… Pueden sernos útiles.

Sergio se guardó lo que le pareció más importante y cerró la carpeta de nuevo.

—¿Cómo localizaremos al Coordinador? —objetó Sam y agregó —: No tenemos ni idea quién puede ser ese tipo.

—Espera —dijo Sergio, señalando hacia delante—. Quizá ese que se acerca nos dé la respuesta. Déjame a mí.

Cuando lo tuvo a su lado le mostró la carpeta y le preguntó:

—¿Has visto al Coordinador? Debemos entregarle esto.

—¡Vaya! —exclamó, mirando los planos—. El Coordinador los está esperando. Está en la sala de pantallas.

Sergio se fijó en el gesto que hizo al pronunciar las últimas palabras. Con el pulgar había señalado alguna sala situada bajo sus pies.

—Gracias.

Conteniendo la respiración aceleraron sus pasos, despidiéndose de él.

Sam expelió con fuerza el aire almacenado en sus pulmones.

—¡Menudo rato me ha hecho pasar…!

Sergio caminaba pensativo.

—¿Qué piensas?

—¿Qué ocurrirá si nos descubren?

Sam cambió el semblante. Sergio prosiguió…

—… Uno de los dos ha de salir de aquí y esperar fuera.

Sam detuvo sus pasos.

—Sal tú; perteneces al servicio de inteligencia; hallarás la manera de sacarme de aquí si me cogen.

—Sam… —dijo Sergio.

—Vete —insistió éste—. No me decepciones; sé que comprendes mejor que yo esta situación.

Luego miró el reloj y agregó:

—No hagas nada hasta dentro de dos horas… En ese tiempo puedo enterarme dónde está el Profesor y qué ha podido ocurrirle. Después actuaríamos los dos.

—Suerte —fue lo único que dijo Sergio.

Había andado escasos pasos cuando de pronto se dio de frente con una rampa en forma de caracol que posiblemente, pensó, que podría conducir al piso inferior. Sin pensarlo más bajó por ella y se encontró en una suntuosa sala provista de todos los adelantos que la ciencia pudiera imaginar.

Después de ojear por un momento todo aquel complicado mecanismo, Sam buscó afanosamente algo que pudiera darle un indicio de dónde se encontraba el profesor Liz.

Miró a su alrededor y empujó la primera puerta que tenía a su lado; al mismo tiempo alguien pretendía salir y casi se dieron el uno con el otro. Era una mujer, joven, con el pelo cortísimo y de extremada belleza. Su cuerpo se le perfilaba con rasgos sumamente atrevidos, ya que sus únicas prendas eran un jersey amarillo brillante y un pantalón corto de un negro intenso. Esto hacía que su silueta fuese juvenil y moderna.

Sam quedó algo confuso ante tal aparición.

—¿Buscas a alguien? —preguntó ella, sin dejar de mascar algo que llevaba en la boca.

Sam, después de repasarla atrevidamente frunció el ceño y contestó a la pregunta:

—… ¿Eh?… Sí, busco al Coordinador. Debo entregarle esto.

La joven dio una ojeada rápida a aquellos papeles que no comprendía e hizo una expresiva mueca.

—Mi padre, siempre con sus papelotes —dijo a continuación—: Ven, yo te acompañaré; iba hacia allá…

Sam quedó perplejo ante la mirada insinuante de la bella. Ésta empezó a andar con cierto movimiento de vaivén y Sam corrió a su lado.

—No te tengo visto. ¿Eres nuevo aquí?

—Pues…

Sam iba a contestar cuando una nueva pregunta le hizo cambiar de opinión.

—¿Has estado en Marte?

No tuvo tiempo de mover siquiera los labios, ya que Lina volvió a preguntar.

—¿Verdad que es maravilloso? ¿Conoces a Sandar Démon? Es mi prometido, ¿sabes?… Cuando regrese a Lotus, nos casaremos.

Sam estuvo a punto de reír ante la infeliz muchacha. Había visto a Sandar hacía algunas horas y no precisamente enamorado de Lina.

—Escuche —dijo Sam, pensando obtener informes de Lina.

—¿Ocurre algo?

—Le va a doler lo que va a oír, pero hay cosas que un hombre no puede retener en su conciencia.

—No entiendo. ¿Quieres hablar de una vez?

—Vi a Sandar en Marte.

—¿Dónde?

—En su casa y no estaba solo.

—¿Alguna mujer?

Sam agachó la cabeza.

—Entiendo… Estuvo demasiado tiempo solo.

CAPÍTULO V

Lina cerró los ojos y se agarró con fuerza a la pelliza metálica de Sam, estrujándola con rabia.

—¡Maldito Sandar! —exclamó, tratando luego de dominarse.

—… Pero no todos son iguales, ¿no le parece? —continuó después.

Sam permanecía en silencio sin saber qué hacer ni qué decir en aquella engorrosa situación. Por primera vez en su vida lamentaba haber tomado una decisión tal.

—Lo siento —dijo, para romper el silencio que les había invadido a los dos.

—No se preocupe; algún día ajustaremos cuentas…

—¿Cómo dijo que se llama? —insinuó Lina.

—No lo dije, pero me llamo Sam. Sam Speimer.

—Yo Lina; lo demás no importa.

—De acuerdo, Lina… Me gusta el nombre…

El tiempo no pasaba en balde para Sam y sus treinta y cinco años hacían de él un hombre ya maduro en cuestiones de índole sentimental y pronto se percibió que a Lina le había «caído» simpático; quizá demasiado simpático; sin embargo, no podía confiarse demasiado ya que su misión no le permitiría seguir en aquella postura.

Sam miró el reloj y comprobó que dentro de poco caducaría el tiempo previsto entre él y Sergio y éste haría los posibles para encontrarlo.

—Fuera hay un amigo que me espera. ¿Le importaría que fuese a buscarlo?

—De acuerdo, pero no es necesario que tú lo hagas…

Lina pulsó un botón en la pared y un reducido sector se deslizó

hacia un lado, dejando ver en una pequeña pantalla el vestíbulo por donde antes cruzaron ellos.

—¿Cómo se llama tu amigo? —preguntó.

—Sergio.

Lina dio una orden y, momentos después, la pequeña pantalla se oscureció. Luego la pared volvía a ser lisa.

—¿Usan ésas, digamos mirillas, muy a menudo? —objetó Sam algo intranquilo.

—No; sólo en algunos casos sin importancia. No gusta a nadie que alguien pueda oírte. En este caso, no tenía lógica entrar en un despacho para hacerlo.

Mientras, Sergio miraba su tele-reloj con gesto impasible. Unos ligeros golpes en el hombro le hicieron quedarse inmóvil un instante; luego fue volviéndose lentamente clavando su mirada en la del visitante.

—¿Te llamas Sergio? —dijo.

—Así consta en mi hoja de servicio —contestó para despistar.

—La «Niña dueña» te espera en el corredor de pantallas.

Sergio hizo un gesto afirmativo como si conociese a tal personaje.

—De acuerdo. ¿Cómo está hoy?

—Si te refieres al humor, normal. En cuanto a ella…

Sergio comprendió el significado y sonrió.

—Estás de suerte —agregó el desconocido.

Sergio cruzó el umbral y atravesó el vestíbulo.

Bajó la escalera y al pasar frente a la oficina el mismo empleado le preguntó:

—¿Llevásteis los planos?

—Sí. Todo fue bien.

—¡Vaya, menos mal! Creí que hoy tendríamos jaleo.

—¿Por qué? —preguntó tratando de averiguar algo.

—El jefe está hoy de un humor de perros. Creo que la máquina ya no tiene uranio. ¿Te ha llamado?

—No. Me llamó la «Niña dueña» —contestó, aprovechando el momento.

—¡Menuda suerte!

Sergio sonrió y continuó por el pasillo, pensando en aquella máquina que no funcionaba, por falta del combustible citado.

Aquello les daba quizás unas horas de margen.

Siguió por el pasillo y se detuvo frente a la rampa que conducía al piso inferior. Bajó con un paso decidido y vio a Sam charlando animosamente, en medio del largo corredor, con una esbelta silueta; éste frunció el ceño y marcó una sonrisa.

—¡Eh, Sergio! —gritó Sam.

Después de las debidas presentaciones agregó:

—Le conté lo de Sandar… Estaban prometidos.

—Lo siento —dijo Sergio.

—Más lo sentirá él, te lo aseguro.

Sergio reparó en la manera de tratar de Lina. Carecía por completo de educación —ya que tuteaba a dos extraños— o tal vez era ésa la manera de actuar de las gentes del planeta.

Pronto salió de dudas ya que un hombre se acercó y le habló de idéntica forma.

—Perdona, Lina. Tu padre te ha mandado llamar.

Lina hizo un gesto afirmativo con la cabeza y prosiguió la conversación.

—¿Quién es ése? —preguntó Sam.

—Un botones.

—¡La ha tratado como una amiga…!

—Eso carece aquí de importancia. En ese aspecto todos somos igual. Se suprimieron hace muchos años los títulos de cortesía.

—¡Esto es estupendo! —dijo Sam.

Lina anduvo unos pasos más y se detuvo frente a una puerta. En un rectángulo luminoso había grabado en relieve Coordinador.

—¿Tenéis que dar algo a mi padre? —objetó ella.

Sergio le mostró los papeles.

—Pasad.

La puerta se cerró tras ellos.

—Os esperábamos —habló el que parecía el jefe.

Era el Comandante Igor Santieri, padre y tutor de Lina.

—¡Es una trampa! —gritó Sam, percatándose de la presencia de seis o más hombres, apostados en distintos lugares de la sala. Éstos empuñaban radio-pistolas desintegrantes y los dos lo sabían.

—¿Qué ocurre? —exclamó Lina.

—Vuelve a tu despacho; nada ocurrirá —aclaró Igor.

Lina accedió a regañadientes.

—Sirvió como cebo. ¿No es eso? —objetó Sergio.

—Ella nada tiene que ver con esto; fue pura coincidencia —infirió Igor y prosiguió—: ¿Creen que no estoy al corriente de lo de la selva?…

—¿Qué buscan aquí? —preguntó luego.

—¿De dónde proceden?

—¿Cuántos son?

Todas las preguntas quedaban sin respuesta.

—Está bien… Ya responderán después…

Igor hizo un gesto y los dos fueron conducidos a una sala contigua a la que se encontraban. Las puertas se cerraron herméticamente haciendo imposible cualquier intento de fuga.

La estancia carecía de muebles, así como también de ventanas. Sólo una minúscula lámpara de escaso voltaje pendía del techo, dibujando sus siluetas en la pared y transformándolas en fantasmagóricas sombras.

—¿Qué pretenderán? —dijo Sam—. Esto está vacío…

—Me da la impresión que nos están observando —objetó Sergio.

Durante largo rato permanecieron en silencio con los nervios en tensión, esperando cualquier inesperada tortura.

En aquel estado permanecieron largo rato y Sam dejó oír su voz, que retumbó en las lisas paredes.

—¿Por qué no dicen nada? —gritó.

—Calla; esto es lo que quieren; emplean el silencio para sacarnos de nuestras casillas. Si averiguan que conocemos al Profesor no saldremos nunca de este planeta y nos convertiremos en dos presos más…

Sergio se mordió los labios y golpeó con el puño la palma de su mano.

—¿Qué ocurre? —dijo Sam.

—Creo que cometí un error al mencionar a Liz.

—Si es así pronto saldremos de aquí… —dijo Sam.

Igor corroboró las palabras de Sam, irrumpiendo en la estancia; le acompañaban varios hombres y entre ellos el Profesor.

—¡Sergio! ¡Sam! —exclamó, sin poder contener la sorpresa.

—¿Qué ocurrió, profesor?

—Yo le sacaré de dudas —infirió Igor—. Su amigo el profesor ha aceptado colaborar con nosotros, después de la amistosa charla que

tuvimos…

Las palabras de Igor sonaban sarcásticas y sus gestos eran duros.

—… Pero no tienen por qué preocuparse. Él goza aquí de una buena reputación y seguirá así, a no ser que…

Igor dio inedia vuelta e hizo un gesto para que le siguiesen.

—Y ahora, siéntese —empezó, una vez en su despacho—; voy a proponerles un largo viaje el cual no podrán rechazar ya que se trata del Profesor. Sé que le tienen en gran estima en la Tierra y harán lo imposible para que siga viviendo.

—¡Vaya! —exclamó Sam—, creí que en el siglo XXXV no habían piratas.

—¿Conocen el asteroide Criptón? —preguntó Igor.

Nadie contestó.

—Les conviene ser más explícitos —dijo y prosiguió—: les conviene a los dos.

—Llevaos al profesor —ordenó luego.

—Lo conozco —contestó Sergio—. Sé que existe pero jamás he pisado su suelo.

—Yo ni siquiera lo había oído mencionar —dijo Sam.

—Ésta es una ocasión propicia, amigo. Criptón es maravilloso, moderno y a la vez salvaje. Tendrán ocasión de comprobarlo.

Ambos se miraron algo perplejos.

—Mañana partirán, pero antes les informaré de algunas cosas que ignoran de aquel mundo insólito para ustedes. En primer lugar vean esto.

Igor dejó sobre la mesa un papel plastificado en el que había una fórmula que los dos conocieron al instante: «Ur - N.º atómico 92 = Peso atómico 238’14».

—¿Tenemos que traer Uranio de Criptón? —comentó Sergio.

—Exacto; veo que entienden de qué se trata. Tenemos alguna reserva aún pero pronto lo consumirá la máquina.

—Escuchen ahora y graben lo que les voy a decir. Grábenlo en su memoria porque si lo olvidan pueden costarles el que mueran aplastados.

—No es eso precisamente un consuelo. ¿Eh, Sam? —dijo Sergio.

—Desde luego.

—No lo es, pero en cierto modo sí.

—En Criptón poseen un arma contra la que no podemos luchar:

Es el radar-imán. Es un aparato de proporciones gigantescas y está situado en el mismo suelo, es decir, en el subsuelo. Tiene un poder de atracción mayor de los que conocemos y a 200 metros no hay espacionave que resista tal presión; la atrae para sí con tal fuerza que la nave se estrella irremisiblemente en sus fauces.

—Esperaremos a que esté escondido —objetó Sam. Igor sonrió y continuó—: Éste es el problema. En torno a este asteroide hay una densa capa de niebla de unos 500 metros de espesor, la cual impide la visual. Cuando se sumerge alguna nave en esta neblina entra en acción el arma.

Hizo una corta pausa y prosiguió: Suponiendo que lograran atravesar esta barrera se encontrarían con otro problema: el idioma, aunque esto tiene fácil solución. Vean estos cinturones; están dispuestos a cualquier idioma. Sólo tienen que pulsar este botón para conectarlo.

Luego tiró de una esfera del diminuto aparato y a ésta le siguió un finísimo hilo casi imperceptible.

—Tienen que introducirse este amplificador en el oído. Nadie se percatará de ello.

—Tomen esto —continuó—. Es un mapa completo de la selva. Les ayudará para no perderse.

CAPÍTULO VI

Como alto secreto una nave partía hacia un mundo desconocido por los pilotos que la tripulaban. En el firmamento aparecía como un punto casi aparente.

Sólo por teoría conocían el planeta y toda deducción era por lo tanto incierta. Evidentemente su primera misión era conocer el edificio en el que tenían que actuar. Sus trajes eran exactamente iguales al de los habitantes de Criptón y esto les daría un margen de ventaja.

Llevaban ya treinta horas de vuelo. Sergio dormía en aquel momento y fue despertado bruscamente.

—¿Qué ocurre? —exclamó, acomodándose en el asiento.

—He interceptado algunas señales —aclaró Sam.

—Pongámonos el traductor.

—Son señales de una emisora de radio.

—Pueden habernos localizado, Sam.

—¿Qué sugieres?

—Falta poco para llegar; mira los relojes. Parecen locos…

Todas las agujas oscilaban de un modo alarmante de un lado a otro, continuamente. La espacionave iba ahora sin controles.

—Desconecta —opinó Sergio—. Continuaremos avanzando con la misma inercia. Llevamos velocidad suficiente para aproximarnos… la nave empieza a acusar la atracción de ese aparato infernal… ese radar-imán.

—Si descubren nuestra nave todo se habrá perdido. ¿Cuándo la abandonaremos?

—Lo haremos ahora. Colócate el reactor —contestó Sergio, abriendo la escotilla, después de haber aminorado la marcha hasta el límite.

—¡Salta!

Sam lo hizo y quedó flotando en el aire. Sergio le siguió y la nave, preparada por él, se remontó hasta ponerse en órbita alrededor de Criptón.

—¡Sígueme! —gritó Sergio.

Los reactores rugieren con fuerza y rápidamente avanzaron en dirección al asteroide. La densa cortina de niebla impedía ver más allá de 15 ó 20 metros y era necesario para poder observar.

—¿Preparado? —dijo Sergio.

—Pasemos. No podemos escoger.

Se unieron con una cinta por el brazo y se introdujeron en las tinieblas. Lentamente fueron avanzando, temiendo a cada instante estrellarse contra algo o salir frente a los hombres de Yanko, gobernante del pueblo de Criptón.

El tiempo que tardaron en atravesar aquella muralla se hizo interminable. Pocos metros faltaban para pasarla; aceleraron los reactores y quedaron en posición vertical con respecto al planeta. Así podían permanecer estacionados al salvar la fuerza gravitatoria del astro.

—Desde aquí no pueden vernos —dijo Sam—, y sin embargo nosotros podemos observarles…

—¿Dónde está el radar-imán? —continuó—: No se ve por ninguna parte.

—Tiene que estar escondido en algún lugar. Nuestra nave acusaba su atracción como nosotros la gravedad.

—¡Mira allá! —exclamó Sam, señalando a un punto situado frente a ellos.

Una gran compuerta empezaba a deslizarse, desapareciendo momentos después de la vista de ambos. Del enorme socavón se escuchaba un débil sonido que iba en aumento progresivamente. Era una gigantesca mole de acero que brotaba del subsuelo lentamente. De pronto quedó inmóvil y el sonido dejó de oírse.

—Ahí está nuestro amigo —bromeó Sam.

—Descendamos —sugirió Sergio.

Los dos a un tiempo desconectaron el reactor y cayeron vertiginosamente durante unos centenares de metros. Intermitentemente iban aminorando la caída, hasta alcanzar el suelo de la selva de Criptón.

La fauna vegetal, roja como la misma sangre, ofrecía el aspecto de un mundo maravilloso en el que la naturaleza, caprichosa, había creado aquello para diferenciarlo de todos los planetas.

—¡Hemos caído en la selva! —exclamó Sam, mirando desconcertado el raro follaje y todo lo que le rodeaba.

—¡Es increíble! ¡Mira ese riachuelo! Parece que el Arco Iris se haya sumergido en él.

Sam tenía razón, ya que sus aguas reflejaban múltiples colores: verde, azul, amarillo, violeta…

—¿En qué extraño mundo nos encontramos?

Distraídos en la contemplación del raro planeta no se percataron del peligro que les acechaba. Una especie de animal desconocido en la Tierra avanzaba sigilosamente hacia ellos. Era un cefalorreptil, medio serpiente y medio pulpo. Sus largos y gruesos tentáculos se enroscaban en los árboles, haciendo tambalear a unos y crujir los más débiles. Su cabeza era prolongada, con tres cuernos en la parte anterior, en forma de triángulo; la piel durísima y con grandes pliegues hacían de él un enemigo casi indestructible.

Un rugido parecido al de un león les hizo volver la cabeza rápidamente.

Con rugidos ensordecedores el cefalorreptil iba avanzando y otro de aquellos brazos se disponía a caer encima de los desprevenidos visitantes.

—¡Cuidado! —gritó Sergio, desenfundando la pistola.

Sam no podía hacerlo; estaba al descubierto y un tentáculo se había enroscado a él, siendo arrastrado hacia las fauces del animal, Sergio apuntó a les tentáculos que aprisionaban a su amigo y disparó; accionó varias veces el gatillo y una fuerte descarga de rayos partió en dos aquella soga que estaba a punto de acabar con Sam. Éste quedó libre momentáneamente y se alejó unos metros…, los suficientes para no ser alcanzado de nuevo.

Sergio intentó disparar pero no pudo; al ser herido, el animal dio un brusco tirón y le hizo saltar la pistola de la mano.

—¡Dispara, Sam; me está aplastando!

Sam buscaba la cabeza del cefalorreptil y en el mismo instante que la sacó de entre sus largos brazos una lluvia de rayos le desintegró las fauces.

El animal se desplomó, haciendo retumbar el suelo y

destrozando con su peso todo cuanto había debajo de él.

—¿Estás bien?

—Creo que no tengo ningún hueso roto.

—¿Qué clase de animal será éste?

—Sea cual sea su constitución nos dio un buen susto.

—Vamos, no perdamos más tiempo. Supongo que esa criatura no nos habrá estropeado los reactores.

Avanzaron a través del espeso follaje, pero ahora con más cautela y con el dedo en el gatillo, dispuestos a oprimirlo en cualquier momento. El camino era dificultoso por la imposibilidad de avanzar en línea recta. Su arboleda tan espesa, los troncos caídos tan numerosos, el matorral tan denso, y el enrejado de lo que parecían bejucos tan enmarañado, que casi a cada paso tenían que pasar bajo ellos o rodearlos.

Allí nunca se veía crecer musgo en el lado Norte de un árbol, sino que habían vegetaciones parásitas en todos sus lados. Podían proponerse marchar hacia el sur y al cabo de cinco minutos hallarse andando en dirección al Norte.

La densa vegetación no les permitía usar los reactores y volar por encima de la selva era arriesgarse demasiado.

Poco camino habían recorrido pero sin embargo estaban agotados.

Mejor será que descansemos —sugirió Sergio y añadió—: nos queda aún un poco de agua.

—¿Crees que nos habrán visto? —dijo Sam.

—No sé, pero si así fuera ya nos habrían dado alcance, a no ser que hayan preferido esperarnos para darnos la sorpresa.

Sam sacó el plano y lo extendió en el suelo; se orientó dando una ojeada a su alrededor y señaló un punto en el mapa, dando unos ligeros golpes.

—Aproximadamente aquí es donde nos hallamos. No hemos avanzado mucho…

—¿En qué piensas? —preguntó Sam.

—¿Crees que la noche y el día serán igual que en la Tierra? Me refiero a su período de duración.

—¿Por qué lo preguntas?

—Si son más cortos pronto amanecerá y no nos conviene estar en la selva en plena oscuridad; sería peligroso. Si el intervalo es más

largo atravesaremos la selva pero tendremos que aguardar a que anochezca… al descubierto, la noche nos será más útil. A plena luz no tardarían en descubrimos.

—No podemos esperar para saber el resultado; es una prueba que nos perjudicaría.

—Desde luego. Sigamos.

Caminaron varias millas y nada hacía notar tal realidad a no ser por el cansancio que acusaban.

Jadeantes y sudorosos decidieron hacer otro alto en el camino.

—No puedo más… Esto parece un laberinto —exclamó Sam, descargando el reactor.

—Descansemos; no creo que falte mucho para salir de aquí.

A menudo tenían que golpearse para deshacerse de algún insecto que incrustaba su aguja en el rostro o en cualquier parte del cuerpo, haciendo más interminable la marcha.

—Ahí está todo lo que nos queda. Toma —dijo Sergio, sacando unas diminutas píldoras de alimento concentrado—; esto nos ayudará a seguir hasta que podamos proporcionarnos algo de comer.

De pronto algo cortó la conversación; estaban oyendo aquel sonido. Los dos pusieron la máxima atención tratando de averiguar si el sonido procedía del mismo aparato.

—No cabe duda que es el radar-imán —dijo Sergio—. No hay intermitencia y eso hace cierta la teoría de que, sólo cuando atrae un objeto, el sonido cesa unos instantes.

—Es un fallo que debemos aprovechar… ¡Y aprovecharemos!

—¿Recuerdas las palabras de Igor, cuando le pregunté si el sonido que emitía la máquina paraba de vez en cuando?

—Sí.

—Pues bien, se hacía intermitente cada vez que una de las naves perdía altura.

—¿Sabes qué significan estas palabras?

—Creo que sí. Al referirse a la pérdida de altura quiso dar a entender que una de las naves era absorbida por el imán cuando atravesaba la barrera de niebla.

—Exactamente y la energía cesaba unos instantes…

—Se me ha ocurrido una idea…

—¿Qué idea, Sergio?

—Ya hablaremos de eso; mejor será que repasemos bien nuestro plan de acción.

Poco les faltaba para salir de aquella selva interminable y por fin alcanzaron el claro y una nueva visión se ofreció a sus ojos: la ciudad de Criptón hecha en todas sus formas, idénticas a la del planeta Saturno.

En el centro de la gran esfera se hallaba la sala del Gobierno de Criptón y a su alrededor multitud de dependencias con sus salas de controles dedicadas única y exclusivamente a la observación del exterior. El anillo, semejante al de Saturno, estaba formado por una autopista formidable, en cuyos lados habían los edificios que rodeaban la esfera. Unas rampas partían de la autopista y subían hasta lo más alto de ella, dando acceso a los pisos superiores.

—Esta ciudad es más grande de lo que creía. Nos costará trabajo hallar los planos —comentó Sam, mientras miraba a ambos lados de la rampa.

—No. Precisamente al ser grande nos favorece y eso hará que pasemos desapercibidos. Nos mezclaremos entre la gente.

—Buscaremos un lugar donde dejar los reactores.

—Creo que ya lo tengo. ¿Recuerdas la autopista de Ariel? Debajo de ella nos escondimos; habían suficientes recodos para poder hacerlo. Pronto anochecerá. Mira…

Sergio señaló la autopista en cuyos lados y empotrados en el suelo habían unos tubos acumuladores que absorbían la luz diurna. Al anochecer reflectaba la luz acumulada y la esparcían con una potencia de más de 500 watios por tubo. La inacabable vía quedaba así completamente iluminada sin percibirse el cambio.

La noche en Criptón era de una oscuridad absoluta. No existía un intermedio; a la luz blanca del día le precedía repentinamente el negro. El cambio era casi en unos segundos.

—Raro planeta —exclamó Sam y prosiguió—: Aquí no deben de conocer la penumbra. Mira lo que hemos dejado atrás.

Sergio miró la selva y a unos metros de él no distinguió absolutamente nada. Parecía que entre ellos y la selva hubiesen interpuesto una barrera.

—Escondamos los reactores —dijo Sergio.

No les costó trabajo hacerlo y momentos después emprendían la marcha hacia el interior de la ciudad. En pocos minutos la

temperatura del ambiente había descendido considerablemente. Todo estaba previsto y a los trajes térmicos, aislantes del exterior, los aplicaron un respiradero que les suministraría el aire a la temperatura adecuada para sus pulmones. Ello les permitiría soportar aquel descenso que sobrepasaba los 50 grados bajo cero.

Lo que momentos antes era un surtidor donde el agua brotaba por diversos sitios, era ahora tan sólo un grotesco dibujo, inmóvil y rígido. El agua se congelaba por la noche para volver a su estado líquido al amanecer, al subir el termómetro progresivamente a los 5 grados sobre cero.

—Puesto que no conocemos todo esto, será mejor dirigirnos directamente a la planta baja. Subir por la autopista será demasiado arriesgado. ¿No crees?

—Desde luego; cruzaremos por ahí debajo.

Fueron ganando terreno hasta colocarse junto a la esfera.

—Éste debe de ser el hotel que nos indicó Igor —exclamó Sergio, mirando el rótulo que había a unos cinco metros.

—Sí, ése debe de ser.

—¿Cómo entraremos sin levantar sospechas? Preguntó Sam, haciendo un gesto para que Sergio se arrinconase.

—¡Cuidado! Sale gente.

Un grupo de cuatro hombres salían para tomar, un coche-cohete. El aparato ascendió verticalmente y desapareció de la vista de los dos dando un rodeo al edificio.

—¿Dónde puede ir? —preguntó Sam.

—¿Quizá no sea ésta la única ciudad de Criptón o tal vez se dirija al otro lado? Lo importante es no dejarse ver.

—Ahora no hay nadie en el vestíbulo. Entremos —dijo Sam asomando la cabeza.

En un rincón al lado del elevador había una confortable salita, concurrida por varias personas. Unos charlaban animosamente y otros se entretenían en juegos de azar. El elevador, siempre en constante movimiento iba provisto de unas plataformas separadas dos metros y medio una de la otra, que incesantemente aparecían en el vestíbulo. Al lado de éste otro elevador hacía el mismo servicio pero en sentido inverso.

—Vamos arriba —propuso Sergio.

—¿Dónde conducirá el otro?

—Seguramente a los sótanos. Quizá haya otras salas bajo nuestros pies.

—Tendremos también que averiguar eso, pero de momento tratemos de alcanzar los pisos superiores; el centro de la esfera.

Nadie les preguntó y pasaron por el *hall* como otros tantos huéspedes. El primer piso que se le ofreció a su vista era una sala de juego; estaba bastante concurrida y las voces se mezclaban entre sí produciendo un murmullo indescifrable.

Siguieron subiendo. Los pisos segundo y tercero estaban dedicados a peluquería de señoras. Lentamente pasaban planta tras planta y se hallaban ya en el octavo piso cuando algo llamó la atención de Sam.

—Bajemos en el siguiente. ¿Te fijaste en ése?

—Sí; puede ser un doctor…

—Eso pensé y no creo que estén muy lejos los laboratorios.

Sobrepasaban el piso noveno y saltaron, después de asegurarse que no había nadie en él. Éste carecía de escaleras y tenía que bajar forzosamente por el elevador. Lo hicieron y salieron al octavo, quedando unos instantes inmóviles, conteniendo casi la respiración. Todo estaba en silencio y sólo el taconeo de alguien que andaba por otro pasillo rompía aquella quietud.

Unas gruesas columnas, en número de cuatro o seis daban un aspecto regio y confortable a la sala.

—Esto parece un consultorio —susurró Sam.

—Creo que nos encontramos en los laboratorios.

Un rótulo colocado en una puerta confirmaba las palabras de Sergio.

—Desde luego que estamos en los laboratorios —dijo Sam, señalando el cartel.

Sergio leyó para sí: *Isótopos Radiactivos*.

—No entraremos aquí, sigamos…

—Esto parece un laberinto.

—Según el plano debe de estar por aquí —continuó Sam señalando el mapa.

—Éste debe ser el centro de la esfera.

—¿Cómo nos presentaremos? No conocemos a nadie aquí.

—No nos presentaremos… Nos presentarán.

—No entiendo —objetó Sam, encogiéndose de hombros.

—Escucha mi plan…

CAPÍTULO VII

—Es bastante arriesgado —exclamó Sam, después de escuchar la decisión de su amigo.

—¿Sabes algún modo mejor?

Éste contestó con movimiento de cabeza de izquierda a derecha.

—Bien, vamos; antes averiguaremos por nuestra cuenta.

Al pasar por delante de una de las puertas varias voces distrajeron su atención.

—Espera —dijo Sergio, cogiéndole del hombro y haciéndole retroceder sobre sus pasos.

—Conectemos el traductor.

Miraron a uno y otro lado del pasillo y se acercaron.

Ambos quedaron perplejos al oír el idioma que allí se hablaba.

—¡Hablan inglés! —exclamaron los dos al unísono.

—Esto nos facilita algo las cosas —dijo Sam y agregó—: Lo hablo mal pero lo entiendo perfectamente. Trataré de entenderme con uno de ellos en cuanto salga…

Por uno de los pasillos se oían voces que se acercaban y se alejaron de la puerta, fingiendo andar en dirección opuesta. En aquel momento se abría la puerta y apareció un hombre alto, con bata blanca, como el que habían visto anteriormente.

—Parece el mismo de antes.

—Vamos, le preguntaremos.

Sam hizo una señal para llamar la atención del desconocido; éste se volvió y se dirigió hacia ellos hablando en el idioma de Criptón.

Ambos lo entendieron perfectamente gracias al traductor.

—Creo que se han equivocado de piso —dijo el individuo.

—¿Dónde estamos? —contestó Sam en inglés.

Éste quedó un tanto confundido al ser interrogado en un idioma

que conocía. En el idioma nativo del planeta volvió a insistir…

—Están en el laboratorio. ¡La-bo-ra-to-rió! —Silabeó—. Luego hizo un gesto, insinuándoles que esperasen y entró de nuevo en el mismo sitio.

—¿Crees que habrá sospechado algo?

—No lo sé, pero debemos hacer lo que nos digan… por ahora.

Momentos después les invitaban a entrar.

—No te lo pienses —susurró Sergio y añadió—: Ya inventaremos algo. Diremos que hemos tenido que abandonar nuestra nave por cualquier causa.

—¿Y nuestras ropas? Vamos vestidos como ellos…

Entraron y la puerta se cerró tras ellos.

Un hombre de unos cuarenta años les habló en inglés.

—¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Con el elevador —contestó Sam, sin pensar la respuesta y con algo de ironía.

—Me lo supongo. No hay otro medio para subir o bajar. Sea más explícito en sus respuestas —increpó Helk, «mano derecha» de Yanko.

—No fue mi intención molestarle. Nos dirigíamos a Alfa de Centauro, pero algo alteró los controles y nos desviamos. La nave se averió cuando volábamos por encima de este asteroide y tuvimos que saltar. Esto es todo.

—¿De dónde proceden?

—Del planeta Tierra.

—¿Qué les indujo a efectuar este largo viaje? Es de suponer que tiene que haber una razón bastante poderosa.

—Quizás el placer de conocer otros mundos —contestó simplemente Sam.

—¿Qué distancia hay entre el planeta Tierra y éste?

Sam vaciló un poco antes de contestar, pero lo hizo con aplomo.

—Unos seis meses-luz.

Había mentido pero Helk no lo sabía y creyó la respuesta. Luego continuó preguntando dirigiéndose ahora a Sergio.

—¿Conocían la existencia de este planeta?

Sergio entendió la pregunta pero se limitó a responder con gesto de extrañeza.

—¿No habla inglés? —preguntó a Sam.

—Sólo habla español.

—¿Español? ¿Qué idioma es ése?

Sam pronunció algunas palabras para que oyesen la fonética de aquel extraño idioma para Helk.

—Raro idioma. Debe de ser muy antiguo…

—Lo es.

—¿Traen papeles que los identifiquen?

—Todo quedó en la nave.

—¿Cómo pasaron estando el Conserje?

—Cuando entramos no estaba o no lo vimos. Puesto que nadie nos preguntó decidimos coger el elevador y subir; pensamos que alguien nos atendería…

—¿No había nadie?

—No.

Helk dio una ojeada a ambos observando sus pistolas.

—Tendrán una habitación provisional, pero antes dejarán sus armas. Aquí nadie las lleva; no las necesitan…

Sam procedió a quitarse el cinturón que sujetaba las pistolas, Sergio hizo lo mismo y las depositaron sobre la mesa. A una señal de Helk las retiraron y las guardaron en un armario parecido a una caja fuerte.

Ambos se miraron con un gesto de extrañeza.

—¿Conocen el planeta Lotus?

La pregunta había sido hecha de improviso. De haber contestado a ella hubiesen caído en la trampa del astuto Helk. Y Sam negó conocer aquel planeta.

—Bien —continuó—, mañana me ocuparé de ustedes.

Oprimió un pulsador y segundos después entraba lo que a ellos les pareció un botones.

—Acompáñalos a la sala «Sur» —ordenó Helk.

Mientras caminaban por el pasillo Sam pensaba si se había desmoronado el plan trazado, pero era demasiado prematuro opinar. Como último recurso dirían que conocían Lotus y que eran enemigos, tratando de ganar la amistad de Helk.

Sergio observaba puerta por puerta todo cuando pudiera proporcionarle algún indicio pero cuántos rótulos había escritos estaban en aquel idioma desconocido por ellos.

—¡Eh! —exclamó Sam, dirigiéndose al botones—. ¿Dónde nos

llevas?

—No creo que entienda nuestro idioma —aclaró Sergio.

El botones insinuó una sonrisa y abrió una puerta. Les invitó a pasar y cerró luego con llave.

—¿Qué te parece esto? Nos han cerrado. Creo que nos hemos metido en un buen lío.

—De momento estamos aún vivos —bromeó Sergio.

—¡Cuidado! —exclamó Sam y prosiguió—: pueden estar oyéndonos y tal vez observándonos…

Ambos miraron a todos los lados de la estancia y no hallaron nada que pudiera servir de amplificador o de pantalla televisora.

—No veo nada anormal —comentó Sam.

—Mira…

En el techo y junto a la barrilla que sujetaba los globos esparcidos por la sala, había un aplique para adorno que les llamó la atención. Consistía en una pieza metálica en forma de campana invertida, en la cual se había practicado a cada una de ellas un orificio de forma cuadrangular. Los techos eran relativamente bajos y podían verse con facilidad esos detalles.

—Esto puede sernos de gran utilidad y si nos están escuchando se llevarán una sorpresa.

—Sigue la comedia que vamos a representar, Sam.

Se le había ocurrido un plan y lo llevó a cabo.

—¡Un momento! —sugirió Sam—. Si nos están viendo sabrán que no ignoramos la presencia de esos amplificadores. Debemos hacer algo para averiguar si tienen instaladas pantallas televisoras. Hemos estado mucho tiempo callados y esto les dará qué pensar. De ser así no tardarán en venir a ver lo que hacemos.

Momentos después la puerta se abría y Helk entraba acompañado de dos de sus hombres. Esto estaba previsto y simularon que Sam se echaría en la cama, mientras Sergio cogería algo en qué entretenerse para justificar su silencio.

—Vaya —comentó Helk—, no tienen ustedes ganas de hablar… Naturalmente deben de estar agotados por el viaje… a Sergio entendió lo que decía, por el traductor, pero no lo demostró.

Sam se levantó y contestó en inglés.

—Sabe que no entendemos su idioma. ¿Por qué se obstina es expresarse en él?

—¡Oh! Les pido mil disculpas. Me olvidé que sólo usted habla inglés y que no entienden el idioma nativo. Decía que pueden descansar tranquilos; nadie les molestará… nadie.

Con una fingida sonrisa dio media vuelta y abandonó la estancia.

Sam iba a decir algo pero Sergio hizo un movimiento de cabeza para que guardase silencio. Esperó un instante y se acercó a la puerta, pegando el oído a ella, comprobando que no había nadie.

—¿Por qué sospecharán de nosotros? —dijo, hablando algo más fuerte de lo normal. Sam comprendió que Sergio fingía y se limitó a seguir la farsa.

—No sé; quizás piensen que venimos de algún planeta enemigo de ellos.

—¿Conoces alguno a menos de siete años-luz? —insinuó Sergio.

—No. Y no creo que exista, aunque él citó uno llamado Lotus.

—Es posible que exista. Desde que el mundo es mundo y el hombre es hombre, siempre han habido infinidad de problemas que han sido objeto de diversas controversias; luego…, si sospechan de nosotros por algún motivo, debemos convencerles de que están en un error.

—¿Cómo?

Sergio pensó algo mientras encendía un cigarrillo.

—Hablaremos de eso mañana; mejor será que descansemos. Creo que es lo único que podemos hacer por el momento…

—De acuerdo.

—Y ahora, dime, ¿cuál era tu plan? —preguntó Sam, bajando la voz lo suficiente para que no le oyesen.

—Hacer recaer sospechas contra nosotros para que nos llevasen a presencia de Yanko, pero esos micrófonos me hicieron cambiar de parecer. No arriesgaremos nada y sacaremos mucho más…

Sergio calló. Sam dormía ya profundamente.

CAPÍTULO VIII

El día vino de súbito y la claridad les despertó. Un día templado como todos los de Criptón. Parecía el amanecer de otro astro, comparándolo con las frías noches, cuando las penumbras invadían el planeta.

—¿Qué hora debe de ser? —preguntó Sam, liberándose la garganta con algunos ruidos guturales.

—Es difícil orientarse por la claridad. El día aparece repentinamente; es imposible calcular el rato que habrá transcurrido desde que amaneció, aunque parece temprano… No se oye a nadie por ahí fuera.

—¿Qué habrá tras esa puerta? —interrumpió Sam, al mismo tiempo que tiraba de la empuñadura. Un pequeño bar empotrado en la pared estaba repleto de bebidas de distintas marcas.

—¡Vaya! —exclamó Sergio—, por lo menos no moriremos de sed.

—¿Quién habla de morir? —bromeó Sam y añadió—: No sé qué clase de bebida acostumbran a tener esa gente; pero, sea la que sea, nos serviremos. —¡Esto parece pólvora!— exclamó Sam, casi sin oírsele la voz.

Sergio insinuó una sonrisa y bebió una pequeña dosis.

—No está…

La frase no fue terminada. La puerta se abrió y aparecieron Helk y dos de sus guardaespaldas.

—Veo que saben cuidarse —dijo y prosiguió—: Síganme, hay algo que tenemos que dejar en claro.

Luego ojeó la habitación y dirigió sus pasos hacia su apartamento. Le siguieron, quedando delante de los dos guardaespaldas.

—¿Qué querrán? —dijo Sam entre dientes.

—Seguramente acabar de convencerse que somos amigos y que no conocemos el planeta que nos citó.

—Naturalmente no pensaba convencerles tan pronto y esperaba ya de ellos que algo tramarían…

—Debemos ir con cuidado.

Los dos hombres de escolta se adelantaron, colocándose junto a ellos.

—¡Entren! —exclamó Helk, abriendo la puerta.

La estancia donde se hallaban era quizás el lugar donde encontrarían los planos.

—Éstos son los laboratorios. Diariamente salen de aquí más de cincuenta tipos de fórmulas; unas para el abastecimiento de calefacción de algunos planetas vecinos; otros para el de refrigeración.

—Sepan que tratamos directamente con planetas de otras galaxias, por ejemplo: en Venus renovamos el contrato del pedido cada noventa días, que es lo que les suele durar el combustible. Si sus máquinas parasen un instante perecerían de calor. La venta es segura…

—… Y a cualquier precio, ¿no es así? —insinuó Sam.

—Exacto. Veo que comprenden… Éste es un planeta poderoso y lo sería mucho más si los de Lotus no nos hubiesen puesto ningún obstáculo.

—No comprendo —contestó Sam, fingiendo no conocer la verdad de los hechos.

—Algún día les explicaré.

Sergio entendía perfectamente todo cuanto se hablaba y no cabía duda que Helk empleaba el boicot para obligarles a ceder en lo que les pedía y toda relación comercial habría sido anulada si Igor no accedía a las condiciones impuestas por Yanko.

Tal hecho podía entenderse como un acto de piratería. Se vendía al precio por él estipulado, con el riesgo de perecer el comprador si no acataba sus condiciones. No había otra alternativa.

Sergio dijo algo a Sam, después que éste insinuó que le contaba lo que hablaban.

—¿Qué dice? —objetó Helk.

—¿Han tenido alguna vez tropiezos con las patrullas espaciales?

—Las únicas patrullas que pueden molestarnos son las de Marte, pero también recurren de vez en cuando a nosotros ya que Criptón es rico en Uranio y Selenio, dos elementos difíciles de hallar en el planeta rojo, puesto que se encuentran en muy reducida cantidad y a cambio de tener paso libre en nuestros viajes les suministramos lo que quieren.

—Entiendo —dijo Sam. Y prosiguió—: Venus necesita cierto combustible para mantener su atmósfera lo suficientemente fría; Marte precisa también algo para subsistir, luego… ¿qué necesita Lotus?

Sam había enfocado el tema con suficiente maestría. Helk le mencionó *dicho planeta*, no como uno más sino como el que tal vez le hacía más sombra.

—¿Lotus? —dijo, callando un instante—. Miren —continuó, mientras revolvía algunos papeles de una mesa—: Ur = Peso atómico, 238’14; número atómico, 92. ¿Saben qué significa?

Sergio señaló el papel e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Veo que saben química… Vengan —dijo a continuación, dirigiéndose a su despacho.

Helk se sentó y abrió un cajón de la mesa. Luego interrogó a Sergio:

—¿Sabe también la composición del combustible de esas armas?…

—Lo sabemos —se apresuró a contestar Sam—, es decir, sólo mi amigo lo sabe.

—¿Cuál es su efecto? Pesan muy poco —agregó, apuntando hacia los dos.

Una llamada interrumpió la conversación. Helk pronunció unas palabras a través del transmisor y se levantó.

—Ya hablaremos sobre eso. Ahora conocerán a nuestro Emperador.

»Tenemos que vendarles los ojos. De momento, conviene que ignoren ciertas cosas.

—¿Por qué motivo?

—Ya lo sabrán —respondió Helk con sequedad.

Luego hizo una señal y una cinta cubrió sus ojos; instantes después eran trasladados de allí a un hidrocohete.

El viaje duró tan sólo unos minutos; salieron de la nave y

andaron corto tiempo, tuviendo la sensación de subir en un elevador como que el estuvieron el día anterior.

—Hemos llegado —dijo Helk, quitándoles la cinta que cubría sus ojos.

Ambos se miraron sin atinar a comprender: ¡Estaban en el mismo lugar!

Habían oído el rugir de unos motores; experimentado la sensación de viajar; bajado y subido en un elevador y, sin embargo, estaban en el mismo punto de partida…

Aquel hombre, joven en su aspecto, no tenía más de 30 años. Vestía una indumentaria diferente a todos y su mirada no parecía estar muy de acuerdo con la presencia de aquellos desconocidos. Tenía una mirada desconfiada e interrogativa.

Permaneció largo rato en silencio, observándoles y repentinamente dejó oír su voz:

—¿Cómo se llaman?

La pregunta hizo quedar más perplejos a los dos. Yanko, Emperador de Criptón, les hablaba en perfecto español.

—Veo —añadió, que les ha sorprendido oír aquí (en un planeta situado a millones de kilómetros de la Tierra), su propio idioma…

—¡Les hice una pregunta! ¡Contesten!

La voz sonaba ruda y violenta.

Sergio dio sus nombres.

—¡Regístralos de nuevo! —exclamó, sentándose y poniendo los pies en la mesa.

Sólo un paquete de cigarrillos y un encendedor les encontraron en sus bolsillos.

—¿Conocen Lotus?

—Creo que nos hicieron la misma pregunta no hace mucho y nuestra respuesta fue negativa.

Yanko se levantó y acercó su rostro al de Sam.

—¡Mienten! —gritó—. ¡Conocen Lotus y también a su Rey!… ¡Poco faltó para hacernos creer que eran simples náufragos del espacio a no ser por esto!

Ante el desconcierto de ambos, Yanko cogió algo de detrás de la mesa: eran los reactores, los cuales tiró bruscamente a sus pies.

—¿Y esto? Les juro que se arrepentirán de haber venido. Tengo medios suficientes para hacerles arrepentir y confesar la verdad…

—¡Llévenselos a la sala de vibraciones!

Luego, bajando el tono de voz, agregó:

—Quizá se decidan a decir la verdad… ¡La verdad! ¿Entienden?

Sergio se abalanzó hacia él, pero la vigilancia era extremada y un golpe en la nuca le hizo perder los sentidos, cayendo a los pies de Sam.

—¡No intenten nada! ¡Nadie les librará de quedar sordos o enloquecer para siempre!

Enormes campanas de todo tipo y medida pendían del techo; mil sonidos diferentes, capaces de enloquecer a cualquier ser mortal si sonaban todas a la vez.

—Curioso espectáculo, ¿eh? —dijo Yanko, sonriendo.

Sam no contestó y escupió a sus pies.

—¡Canalla!

Sergio estaba inconsciente todavía.

—¡Despertad al otro! Quiero que se entere de lo que le va a suceder.

No fue necesario ya que Sergio empezaba a recobrarse cuando Sam estaba atado a quince metros de altura y a un metro de la campana mayor.

—¿Qué es esto? —exclamó Sergio, mirando hacia arriba y viendo la horrible realidad.

—¿Qué pretenden?

Cuatro brazos le sujetaron, llevándolo al lado de su amigo. Sergio se debatía con fiereza, consiguiendo deshacerse de uno de los opresores, pero iban prevenidos y dos hombres más le atenazaron con fuerza.

—Tienen una oportunidad. Una sola insinuación de lo que venían a buscar aquí y les prometo que seré complaciente con ustedes…

El silencio invadió la estancia.

—Bien… Creo que no me han escuchado.

—¡Vamos! —ordenó.

En la sala quedaron los dos solos. Aquellos gigantes de bronce parecían mirarles, esperando el momento de irrumpir con su estruendosas voces en los tímpanos de ellos. Pasó largo rato sin que sonaran; aquel silencio, próximo a ser quebrantado de un momento a otro, se hacía interminable.

Con los dientes apretados y tratando de dejar el cerebro en blanco hacían esfuerzos para contener los nervios.

Sergio miró a su alrededor. No había indicio alguno que demostrara que les estaban observando. Seguramente, convencidos del resultado, harían sonar las campanas unos instantes y volverían a entrar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Sam.

—¿Con que me dieron?

—Creo que con un rifle… ¡Mira! —exclamó a continuación, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Ambos miraron aterrados hacia una de las campanas, que lentamente fue adquiriendo movimiento hasta que la lengüeta hirió el metal. La vibración se propagó a todos los rincones de la sala y el eco concentró el sonido, llevándolo a sus oídos. Otro golpe retumbó en sus sienes…, y otro…, y otro… El sonido se intensificó al sonar todas a la vez, como grito infernal.

En el cerebro sonaban los golpes como tremendos martillazos y les estallaría de un momento a otro si no cesaba de tocar.

Durante cinco minutos estuvieron oyendo aquella infernal música; a partir de entonces ya no oían nada; el tremendo ruido había desalojado del cerebro todas las ideas, haciendo de él una caja de resonancia en la que se había grabado aquella voz. Las campanas seguían machacando más y más y, sin embargo, frente a los dos, Yanko y sus hombres se mostraban complacientes de estar allí, sin importarles el sonido.

La realidad era que ellos seguían oyendo la misma música a pesar de que habían enmudecido hacía ya rato.

—¿Quieren continuar? —gritó Yanko.

—Es inútil, señor; no pueden oírle. Sus tímpanos no oyen más que las campanas.

—Está bien, bajadlos… No esperaremos a mañana. Sometedlos a los rayos aclínicos concentrados; volverán a su estado normal y les interrogaremos de nuevo… Quizás hayan cambiado de opinión.

—¡Bajadlos!

Semiinconscientes, los bajaron de allá, donde el eco retenía todavía un ligero son. Minutos después posaban ante el proyector. Al cabo de cierto tiempo recobrarían su personalidad y serían presionados otra vez por Yanko.

Por la mente de Sergio empezaban a circular con normalidad las ideas; sabía que si volvían a llevarlos a la sala de vibraciones no lo resistirían. ¿Qué hacer? Tenía que pensar algo antes de que Yanko empezase a preguntar. Por otra parte era peligroso hacerles creer que estaban aún inconscientes; los rayos les perjudicarían.

Su luz fue palideciendo y otra vino a reemplazarla. Habían desconectado el aparato y les iluminaba la luz natural de la estancia.

Yanko se adelantó e increpó a Sergio.

—¡Su cerebro funciona ahora con normalidad! ¡Conteste! ¡Les conviene!

—¿Qué vinieron a buscar aquí?

Sergio quedó impasible ante la pregunta e hizo caso omiso a ella.

Yanko volvió a insistir sin obtener respuesta.

—¿Quién volver a oír la misma música?…

Estaban atados a la camilla y no podían hacer nada. Esperarían a ser desatados y entonces actuarían.

Yanko hizo una señal con la cabeza y rápidamente fueron librados de sus ligaduras.

Los dos guardianes empuñaban una pistola. Una leve rozadura si disparaban y quedarían petrificados durante dos horas.

Al ser desatados se sentaron en la mesa y permanecieron así unos instantes.

—¡Bien!… —exclamó Yanko, impaciente.

—Usted gana —insinuó Sam.

—Celebro por su bien que sean razonables; nada perderán. Se quedarán aquí y podrán colaborar con nosotros. A pesar de ser espías les perdonaré la vida.

—¿Si no colaborarnos? —contestó Sergio, mirando de reojo a uno de los que les vigilaban.

—Creo que han tenido ocasión suficiente para darse cuenta de que no les conviene permanecer en silencio…

—¿Que fueron a buscar a Lotus? —preguntó de nuevo. Y prosiguió—: Sé que conocen ese planeta.

—Les dijimos que no conocemos tal planeta…

Yanko levantó la mano y la dejó caer con fuerza sobre el rostro de Sam.

—¡Miente: Vuestros reactores os delataron desde el momento que los descubrimos! He estado en Lotus y conozco bien este medio de locomoción para saber que son de allá.

Luego se acercó a Sergio y clavó su mirada en él.

—Espero que podamos hacer funcionar de nuevo sus cerebros cuando hayan pasado por la sala de vibraciones otra vez…

Esta vez quizá no lo resistiesen y Sergio iba a arriesgar sus vidas para salvarlas de un castigo mayor. Cuando tuvo a Yanko bastante cerca hizo un rápido movimiento y se colocó detrás. Todo ocurrió en pocos segundos y una llave de Judo le inmovilizó, quedando de cara a los suyos.

—¡Quietos! —gritó, presionándole la garganta—. ¡Un solo movimiento y lo estrangulo!

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó luego con cierta ironía.

Yanko no contestó; su garganta estaba atenazada con fuerza y apenas circulaba por ella el aire suficiente para respirar.

Sergio aflojó la presión; lo suficiente para que pudiese articular algunas palabras.

—¡Quie… tos! —balbuceó—. ¡O… be… de… ced!

Las frases entrecortadas de Yanko fueron entendidas perfectamente.

—¡Cógeles las armas! —dijo Sergio.

Sin esfuerzo alguno se apoderó de las pistolas.

Con los ojos inyectados en sangre, Yanko intentaba hablar, emitiendo algunos sonidos indescifrables.

Sam tenía ya encañonados a todos.

—Déjale hablar —dijo—, acercándole el arma a la cabeza.

—Bien —dijo Sergio—, vas a servimos de escudo. No creo que se atrevan a molestarnos…

—No me mataréis; si lo hacéis no tardaríais en caer vosotros…

Yanko tenía razón, pero no les interesaba hacérselo creer.

—Estás en la duda y esto hará que nos obedezcas.

—¡Escuchad ahora! Tenemos que salir con vida de aquí y no vacilaremos en volarle la cabeza si encontramos algún obstáculo…

—Esperaremos aquí hasta que tengamos nuestras armas y los reactores; mientras, tú, respirarás con dificultad y tal vez llegues en algunos momentos a no poder hacerlo… De ellos depende.

Los tres se disponían a cumplir la orden pero Sergio cambió de

parecer.

—¡No! Todos no. Ve tú —dijo, dirigiéndose a Helk.

—¿Dónde se hallan los controles de la sala de vibraciones? —preguntó Sam.

Yanko no contestó y el golpe que le diera momentos antes a Sam lo recibió él en el estómago, cayendo pesadamente. Los dos guardaespaldas se abalanzaron hacia Sam y un rayo de color violeta chocó con el cuerpo de uno de ellos, quedando instantáneamente convertido en una mole de piedra. El segundo dio unos pasos atrás, extendiendo los brazos como si quisiera parar el nuevo impacto, pero éste no se verificó.

—Veo que temes tu propia medicina.

—¡Quieto, Sam! No adelantamos nada así. Con uno basta.

—¿Qué extrañas armas usan?…

Yanko contestó a la pregunta, mientras se incorporaba con un gesto de dolor.

—Dentro de dos horas volverá a su estado normal, pero mientras permanecerá petrificado. Sus músculos están agarrotados…

Minutos después la puerta se abrió lentamente. Los dos se arrinconaron y apuntaron hacia ella.

Helk entró con las armas en la mano y los reactores colgados en el hombro.

Sam se adelantó.

—¡Déjalos sobre la mesa! —exclamó—. Luego los observó detenidamente comprobando que nada había descompuesto.

—Y ahora —añadió—, voy a probar nuestras pistolas y comprobaréis que su carga no inmoviliza, sino que pulveriza.

El disparo lo dirigió a una silla y, momentos después, sólo quedaba un montón de cenizas humeantes. Un nuevo impacto alcanzó una estantería y parte de ella fue desintegrada.

—Los resultados en una persona son fatídicos; ni siquiera cenizas queda de ella…

—¿Dónde quieren ir a parar? —interrumpió Yanko—; sus posibilidades de salir con vida de aquí son muy remotas. Podrán deshacerse de nosotros y quizás logren acabar con bastantes de mis hombres, pero tarde o temprano caerán y su muerte no será rápida como la nuestra. Mientras yo viva, nada les ocurrirá, pero no siempre podrán tenerme a su lado. El sueño acabará por vencerles y

entonces…

—Entonces estaremos lejos de aquí —cortó Sergio—, y no nos importará tenerte a nuestro lado.

—Están muy seguros del éxito…

—Exacto. Tú procurarás no defraudarnos… Y ahora iremos al laboratorio.

—¿Para qué?

—¡No hagas preguntas y vamos!

—Primero iremos a la sala de controles —objetó Sam y añadió —. Te pregunté hace rato su paradero. Espero tu respuesta.

Yanko hizo un gesto, señalando una pequeña puerta situada en un rincón.

—¡Vamos!… Vosotros delante…

Helk se adelantó y todos le siguieron.

Pasaron por delante de aquel ser inmóvil, cuya apariencia era la de una estatua de mármol. Los ojos, fijos, miraban hacia el lugar donde se encontraba momentos antes de disparar Sam. El otro seria quizás una carga y pensó la manera de deshacerse de él.

—¡Siéntese! —le ordenó con un gesto.

Todos se detuvieron.

—Seguid; enseguida estoy con vosotros.

—¿Qué quieres hacer, Sam?

—Luego lo verás…

Sergio siguió adelante y penetraron en la sala de controles. Casi al mismo tiempo llegó Sam.

—Fantástica instalación —dijo.

—Conecta con la sala vibratoria —ordenó Sergio.

Yanko pulsó un botón y en una pantalla se reflejaron las campanas.

Sam disparó repetidas veces, convirtiéndola en un montón de filamentos. Unos chispazos más acabaron con la instalación de su interior.

—¡Les pesará! —exclamó Helk, amenazándoles.

Sergio se adelantó y su puño se estrelló en la mandíbula del irritado Helk, que rodó por el suelo.

—La próxima vez no emplearé el puño, te lo aseguro. ¿Crees que venimos de Lotus para admirar vuestra obra?

Con la destrucción de aquellos aparatos habían contribuido sin

percatarse de ello, al fin del radar-imán y ello hizo que su misión se facilitase.

Yanko dijo algo en voz baja pero no le pasó desapercibido a Sergio. Había mencionado la mortífera arma y éste se lo comunicó a Sam insinuando una sonrisa de satisfacción. Criptón dejaba de ser en aquel instante un planeta inexpugnable. Sin el radar-imán estaban en inferioridad ante cualquier atacante.

—Vayamos al laboratorio —objetó Sergio.

Al salir un doble espectáculo se ofreció a la vista de todos. Sentado en una silla había uno de aquellos hombres, en las mismas condiciones que el primero qué recibió la descarga de rayos paralizantes.

—Es la única forma de no tener que preocuparnos de tantos. Después de todo dentro de dos horas volverá a su estado normal…

Salieron al pasillo sin dificultad; todo parecía tranquilo y nada hacía suponer que Helk hubiese tomado precauciones, aunque era de esperar que lo habría hecho.

CAPÍTULO IX

En el laboratorio no había nadie, pero algo puso a Sergio en estado de alarma.

—¡Cuidado, Sam! No hace mucho alguien estuvo aquí. Mira este cigarrillo… Todavía humea.

En el centro de la sala ofrecían un blanco magnífico y cambiaron de lugar, buscando un ángulo donde podían observar todos los rincones. Yanko y Helk quedaron a un metro de ellos.

—Entre todas las fórmulas hay una que nos interesa en particular: la del Uranio. Vamos, no nos hagas perder tiempo: tienes cinco minutos para encontrarlas. Si consumes ese tiempo, volarán todas esas bombonas de oxígeno.

—No lo hagas; volaríamos todos —dijo Helk.

—De acuerdo, en tal caso serás tú quien reciba el impacto…

El rostro de Helk palideció.

Dos minutos bastaron para encontrarlas.

—Ahí las tenéis —dijo, tirándolas sobre la mesa.

—¡Léelas! ¡Con rapidez! —insistió Sergio y añadió—: Sin interrupciones…

El que leyera rápido aseguraba el contenido del papel, ya que Helk no tendría tiempo de pensar en otras fórmulas.

Ambos se habían colocado los traductores y entendieron perfectamente sus palabras.

—Es suficiente —dijo Sergio—. Dame.

Un ligero ruido procedente del pasillo atrajo su atención.

—¿Qué es esto? —preguntó Sam, apuntándole a la cabeza, mientras Sergio lo hacía hacia la puerta.

—¡Jamás saldréis de aquí! —exclamó Helk.

—Mira fuera, Sam.

El pasillo estaba acordonado de soldados y por las ventanas, naves a la misma altura de ellas, custodiaban el edificio, haciendo imposible cualquier intento de fuga.

—Estamos cercados. Todo está abarrotado de soldados —dijo Sam, dirigiéndose a Yanko con gesto amenazador.

—¡Espera! Aún dominamos la situación. No harán nada mientras tengamos a los dos de rehenes.

—¿Hay otra salida? —increpó Sam.

—No.

Éste lo zarandeó bruscamente.

—Sé más explícito. ¿Dónde está la emisora?

—Al otro lado del planeta.

—¡Explícate!

—Hay otra ciudad al otro lado —contestó con sequedad.

—No pretenderás que creamos que en ésta estáis aislados… Tiene que haber una emisora.

Sam se acercó con cautela a una ventana y disparó repetidas veces sobre la primera nave que vio. Con un ronco silbido, ésta perdió altura y se precipitó contra el pavimento. Una de ellas abrió fuego sobre los cristales de la ventana, haciendo saltar en mil pedazos todos los cristales y destrozando varias estanterías.

Helk se hizo rápidamente con un transmisor.

—¡Imbéciles! —gritó—. ¡No disparéis! ¡Está nuestro Emperador!

Era evidente que cualquier descuido sería fatal para Sergio y Sam, pero tenían en jaque a todo Criptón; de tal manera que tendrían que matar en caso de necesidad, a sus enemigos, si les presionaba mucho y eso suponía el fin para los dos, puesto que los soldados, una vez muerto el Rey no tendrían a quien defender sino eran sus propias vidas. Pero, mientras, respetarían a sus enemigos hasta el punto de dejarles escapar si fuera preciso, con tal de no perjudicar la seguridad de Yanko.

El joven rey observó el auricular que pendía de la oreja de Sam.

—Veo que entienden nuestro idioma —dijo, dirigiéndose a Sergio y agregó—: Su amigo se colocó mal el traductor. Conozco el sistema aunque no dispongamos aquí de esos aparatos.

—Eres listo y no me fío de ti —objetó Sergio—. Llama a uno de tus hombres y ordénale que lea las fórmulas. Es la única forma de saber si son las auténticas…

—¡Vamos, llámalo!

Yanko comprendió que era una treta; pero; con la pistola apuntándole la sien, optó por hacer lo que se le pedía.

Momentos después entraba uno, apuntando el fusil atómico hacia ellos.

—Recuerda que entendemos tu idioma. Ordénale que deje su arma.

El soldado cumplió la orden y se adelantó con gesto temeroso e inclinándose ante su Rey.

Sam le dio los papeles y después de que Yanko lo ordenase empezó a leer.

Efectivamente, todo concordaba con el Uranio. La idea había dado resultado.

—Trasmite. Vamos a salir —dijo Sergio, clavándole la pistola en los riñones.

Helk repetía todo cuanto Sergio le dictaba.

—¡Corta!

Sam le cogió el transmisor y lo estrelló en el suelo.

—Ya de nada nos sirve. En adelante si hablamos será directamente con ellos. Así no intentaréis comunicar por vuestra cuenta…

—Salgamos, Sam. Nada tenemos que hacer aquí. Cumplamos ahora el deber de salvarnos nosotros…

—Vamos a salir. Una sola insinuación y te convierto en cenizas. Llévanos a donde podamos emprender el vuelo; tu nave debe ser la más segura.

El peligro era cada vez mayor. Los soldados de Yanko estrechaban más y más el círculo y en todo el planeta se había dado ya la alarma.

—Transmite de nuevo —increpó Sam.

—¿Con qué? Estropeaste el radio-teléfono.

—Puedes hacerlo directamente. Ordena que la nave de vuestro Emperador sea emplazada a la salida… Y te advierto que al menor fallo te mataré y quizá tu muerte sirva para demostrar que no vacilaremos en quitar de en medio a Yanko.

Una de las naves se acercó demasiado a la ventana. Sergio empujó a Helk haciéndole perder el equilibrio y disparó dos veces. El disparo fue muy precipitado y uno pasó rozando un lado de la

nave. El otro la alcanzó de lleno, desintegrando el cristal irrompible y haciendo desaparecer la cabeza del piloto. La nave se tambaleó y chocó con otra, haciéndola sucumbir también.

—¡Quieto, Yanko! El próximo disparo lo dirigiré hacia ti…

El joven rey había aprovechado aquel momento de confusión y casi había alcanzado la puerta, pero el blanco que ofrecía a Sergio era imposible de fallar y retrocedió.

—Ahora escucha. Vas a hablar tú y dirás a tus hombres que nos dejen el campo libre; que retiren las naves y que, cualquier cosa que intenten contra nosotros, tendrá eco en tu persona… Alguna vez deben afrontarse los hechos y éstos son que habéis perdido.

—¡Empieza!

Momentos después las ventanas empezaban a despejarse y en unos instantes se veía con claridad el firmamento, hasta entonces obstruido por los numerosos vehículos espaciales. Parecía que el peligro había pasado, pero sabían que les vigilarían estrechamente y ahora los enemigos serían invisibles. Ya que detrás de cualquier puerta y en cada recodo estarían esperando el menor fallo para atacarles.

—Yo iré delante con Yanko; no te separes de mí; así confundirán el blanco.

Cautelosamente abrió la puerta; el pasillo estaba libre y un silencio sepulcral invadía el largo corredor. Avanzaban pegados a la pared, mirando a ambos lados. Al final de éste había la escalera que conducía al vestíbulo. Sergio pensó entonces que Helk les dijo que no había otro medio de subir o bajar… Después de todo era lógico que les mintiese.

Desde la puerta de entrada, Sam dio una ojeada a la calle: la nave de Yanko estaba allí.

—Vamos a salir. Adelántate y abre la puerta de la nave. Recuerda que Yanko está con nosotros…

Después de unos minutos de angustia subieron por fin y Sergio se sentó a la cabina de mandos. Más hacia atrás, Sam vigilaba a los dos.

—Espero que localicemos nuestra nave…

—Colócate el reactor. Yo vigilo —objetó Sergio.

La astronave tomó altura y en escasos segundos se perdió tras la barrera de niebla.

—Fue un despegue sin contratiempos. ¿No es así? —bromeó Sam.

Yanko no contestó. Su rostro reflejaba una mirada de odio.

—¿Qué elemento empleáis para alcanzar tal magnetismo? ¿Disprosio?

—No conozco ese material —contestó secamente.

—¿Lo conoces tú? —dijo, dirigiéndose a Helk.

—No.

—Bien, no contestéis, si no queréis hacerlo.

Sergio vació los tanques de Oxígeno lo suficiente para que llegasen Yanko y Helk a su planeta; lo justo para llegar y que no intentasen atacarles en el momento de abandonar ellos la nave.

—Tenéis Oxígeno suficiente para poder llegar… Sólo para dirigiros a Criptón. Creo necesario que os advierta que no perdáis un solo minuto de tiempo.

Sergio se puso el reactor y se dispusieron a abandonarlos.

Sam había saltado ya y segundos después lo hizo su amigo, pero antes dijo algo a los dos.

—Estaré apuntándoos hasta que atraveséis la barrera… Con mis mejores saludos para el rey —dijo burlonamente y agregó—: Fue un placer conocerle.

Todo había salido según lo previsto: la nave-satélite que arreglara Sergio antes de abandonarla tuvo el éxito esperado.

Tuvieron que volar con los reactores 500 millas para alcanzarla. En términos siderales un ligero desvío significan varias millas.

La astronave surcaba el espacio como un relámpago. Sólo era una mota del polvo que se movía en el gran Universo. Ese Universo que se nos antoja cual un gigante, que abraza con sus potentes brazos a toda la corte de diminutos planetas.

CAPÍTULO X

El Comandante Igor comunicaba en aquel momento con los talleres instalados en una de las plantas del edificio. De ellos salían los robots electrónicos que éste empleaba para la vigilancia —en las minas situadas en varios sectores de la ciudad— de los reos que hurgaban en las entrañas del satélite terrestre, buscando el nuevo elemento que entraba en combinación con el Uranio, para el funcionamiento del cerebro localizador de voces del Profesor Liz.

—Talleres de robots —contestaron.

—Habla Igor: Coloquen en el elevador «C» dos guardianes.

Éstas fueron las únicas palabras y en los talleres alguien hacía un comentario:

—¿Oíste? Creo que tendremos visita. Dos más que pasarán a dejar sus vidas en la mina…

Aquel hombre sabía que dos seres humanos vendrían con los robots y un escalofrío pasó por su cuerpo.

Mientras, Igor se dirigía al observatorio como otras tantas veces, aunque ésta lo hacía con mayor interés.

—¿Algo nuevo, Teniente? —preguntó—. Luego miró a su alrededor y vio a Lina sentada sobre una mesa, hojeando nerviosamente unos papeles.

—¡Hola, Lina! ¿Te ocurre algo?

Igor miró de un modo expresivo al teniente.

—Les conté la suerte que les aguarda cuando regresen —resumió el joven, que ostentaba en el pecho una franja azul.

—¿Tienes algo que ver con esos espías? —increpó Igor.

—Los encontré simpáticos. Eso es todo —dijo, sin levantar la vista.

—¿Hay algún hombre que no encuentres simpático? —concretó

Igor con sorna y agregó—: Creyeron incluso lo que les contaste sobre los tratamientos…

—¡Sólo hice lo que tú querías que hiciese!

Lina saltó de la mesa y salió de allá en una rápida carrerilla.

—¡Lina! —gritó Igor, sin obtener respuesta.

—Siempre le ocurre igual. Su corazón siempre tiene un hueco para el último que habla con ella; después… —Igor hizo un gesto con el pulgar, señalando a la mina. Luego cambió la conversación.

—¿Tienes noticias de ellos?

—Los he localizado pero no transmiten. Debe de haber algo que les impida hacerlo.

—¿A qué distancia se encuentran?

—Dos millones de kilómetros, aproximadamente. Ahora vuelan por la misma zona meteórica. Esperemos que la pasen…

Mientras, Sam y Sergio trataban de salir de atolladero, esquivando con rápidas aceleradas aquel enjambre de rocas, algunas de varias toneladas. Sergio hacía caso omiso a las más pequeñas, ya que el blindaje de la nave resistía los impactos aunque se tambaleaba de un lado a otro cada vez que daba con uno.

—¡Uno de los colosos se acerca amenazador por el lado izquierdo! —gritó Sam cubriéndose el rostro con el antebrazo, esperando el irremisible choque.

Sergio presionó hasta el tope el mando de giro y aceleró hasta el máximo; la nave viró a la derecha y el meteoro pasó a unos centímetros de la parte trasera. Unas gruesas gotas de sudor se deslizaban por la frente de él, cubriéndole en pocos segundos todo el rostro y un suspiro de alivio hizo que Sam mirase con ojos extremadamente abiertos a su alrededor.

—Ya pasó el peligro —dijo Sergio, acomodándose en su asiento.

—Creo que no tenemos ningún hueso roto —bromeó Sam.

—¿Lo dudas?

Momentos después pasaban cerca del campo gravitatorio lunar, por el hemisferio opuesto a la Tierra.

Mientras, Igor, impaciente por tener noticias, caminaba de un lado a otro del observatorio, esperando oír de un momento a otro la señal de transmisión.

—¿Por qué no transmiten? Están lo suficientemente cerca…

—No se impaciente, Comandante; lo harán… Es decir, eso

espero.

—Bastarían unas palabras para dar a entender si lo han conseguido.

—Recuerde que son enemigos, por lo tanto debemos considerar que obran como lo haríamos nosotros mismos en su lugar.

Segundos después, Sergio y Sam irrumpían como un relámpago en la atmósfera de Lotus, dejando tras ellos una cola de fuego que se disipaba luego al alejarse de su punto de origen.

—¡Ahí están! —exclamó el teniente—. Parece que tienen prisa…

Igor se acercó a la pantalla radar, que marcaba la presencia de la nave como una mota chispeante, trasladándose a enorme velocidad.

—Llegarán en unos minutos. Espero que no me decepcionen. Vamos, tenemos que recibirles bien… Nos interesan los planos íntegros; lamento que sean ellos, luego los que se decepcionen pero es demasiado el profesor para dejarle ir.

La espacionave se detuvo por fin frente a la entrada del edificio, como una nave cualquiera. Sergio se apoyó en los mandos y Sam le tocó en el hombro al mismo tiempo que le hacía una pregunta que quedaría en el aire, por la inoportuna llegada de Igor.

—¿Vamos a entregarle los planos completos?

—¡Cuidado ahí vienen! —advirtió Sergio.

Igor se detuvo frente al vehículo y dijo algo a uno de sus acompañantes, que Sergio y Sam no entendieron. Bajaron de la nave y Sergio se dispuso a entregarle los planos a Igor, cuando una terrible sospecha le hizo volverse atrás. Uno de los que le acompañaban era un individuo bastante conocido en la Tierra. Concretamente en la misma ciudad donde estaba instalado el edificio de la
P. S. T.

—¡Sandro Dovani! —exclamó Sergio.

—Vaya, no sabía que eras tan conocido aquí —repuso Igor.

—No aquí… Es el mayor traficante que la historia conoce. En la Tierra no pasaba desapercibido dondequiera que estuviese…

—Creo que aún no han comprendido las circunstancias en que se encuentran —insinuó Igor.

—¿En las circunstancias? ¿Qué clase de circunstancias, Coordinador?

—¿Traen los planos? —Fue la respuesta de él.

—Tal vez.

—¿Tratan de coaccionarme? ¡Vamos, entréguenmelos! —gritó encolerizado.

Sergio no podía negar que los traían, puesto que tarde o temprano los encontrarían. Por otra parte estarían a merced de él si se los daban ya que éste no les dejaría marchar del planeta en cuanto estuvieran en su poder las fórmulas del
U-235.

—Se los daré cuando tengamos nuestra libertad asegurada…

Igor hizo una señal y dos radiopistolas desintegradoras encararon sus mortíferas bocas hacia él.

—Me decepciona usted —objetó Sergio y añadió—: Un solo disparo y los planos se esfumarán conmigo. Luego tendrán que hacer lo mismo con mi amigo; él lleva el resto de las fórmulas…

—Escuche —dijo Igor, remarcando las palabras—: Pueden romperlas, pero no conseguirán nada con eso. Demuestren que el viaje sirvió de algo.

Luego alargó el brazo y tendió la mano en señal de que le entregaran los papeles.

—Quizá no salgamos de aquí, pero dénos su palabra, si es que podemos confiar en ella, —de que respetarán nuestras vidas…

Igor quedó unos segundos pensativo.

—De acuerdo. Sus vidas serán respetadas.

Ambos sabían que aquellas palabras tenían un significado, pero no podían elegir y accedieron.

Igor dio una rápida ojeada a lo que podía ser el principio de un reinado. Un reinado gobernado por él, en el cual todos deberían acatar sus órdenes sin opción a opinar.

—Y, ahora, sígame. Les mostraré su nuevo trabajo…

Al cruzar el vestíbulo varios de los presentes saludaron con un gesto rápido de cabeza. Andaron en silencio hasta llegar al despacho de Igor. Sergio y Sam estaban frente a una mesa, de pie, mientras Igor se dirigía hacia un pequeño mueble metálico el cual servía de microbiblioteca y acompañaba a ésta un proyector-ampliador.

Las bibliotecas de ahora no existían en el siglo XXXV, y en una cartera y ocupando menos espacio que una tarjeta de visita, podía encontrarse un libro de 300 páginas de tipo demasiado pequeño

para la vista humana, pero con la ayuda del proyector-ampliador podía leerse fácil y rápidamente, en caracteres de 5 milímetros.

De un rectángulo de unos 20 milímetros de largo por 15 de ancho aparecía una página de un libro de tamaño corriente y con un solo movimiento de muñeca se podían pasar 10 páginas adelante o atrás.

Es decir que, en una décima parte del terreno que ocupan las bibliotecas actuales, podían tenerse miles de volúmenes impresos de esta forma.

Igor introdujo uno de los papeles en el ampliador. Durante unos segundos permaneció en silencio; luego desconectó el aparato y se dirigió a los dos.

—Las verdaderas fórmulas son éstas —dijo, mostrando el papel plastificado, en cuyo ángulo inferior se había impreso la fórmula para la fabricación del
U-235
artificial. En tres líneas finísimas de unos 3 centímetros de longitud por 4 milímetros de anchura se había grabado el valioso texto.

—No entienden, ¿eh?

—Suponemos que está micro-impreso. Es la manera de que nadie pueda descifrarlo sin la ayuda del ampliador…

—Exacto. Estas fórmulas legibles carecen de importancia…

Luego hizo una ligera pausa y agregó:

—El profesor podrá volver a hacer funcionar su máquina.

—¿Qué nuevo secreto les interesa, Igor? —dijo Sergio entre dientes.

—Nada podrá hacer Brito para evitar el escándalo. La cárcel de Lotus en poder de los mismos reos. Nadie respetará las leyes terrestres y nos haremos fuertes… Demasiado fuertes para que nadie pueda hacernos sucumbir…

—¡Canallas! —gritó Sam, abalanzándose sobre él. Dos radiofusiles se le incrustaron a ambos lados.

—¡Quieto! Lamentaría que le reduciesen a cenizas —dijo Igor con tranquilidad. Luego se sentó y desde la misma mesa pulsó un botón y una pantalla situada en una de las paredes se iluminó, reflejando una imagen que encolerizó a los dos.

—¿Oyeron hablar de las minas? De ahí se extrae el material imprescindible para la combinación con el Uranio artificial. Sin él

no conseguiríamos hacer funcionar el «cerebro» de Liz. Su extracción es muy lenta y necesitamos de todos los hombres disponibles. Como pueden observar cada uno de ellos es controlado por un robot. Debo advertirles que es inútil tratar de escapar de él, puesto que irán sujetos con un cable de control…

—Está en todo, ¿no es eso?

Igor no dijo nada más e insinuó un ademán para que se los llevasen.

Sergio y Sam caminaban por el corredor, escoltados por cuatro de los hombres de Igor. Dos iban detrás; los otros dos trazaban el camino que les conduciría a las minas. Ambos seguían en silencio y sólo sus miradas se encontraban de vez en cuando, reflejando un interrogante. Por el momento nada podían hacer; en su nuevo trabajo quizá hallarían la manera de deshacerse de los guardianes metálicos ya que Sam conocía a fondo el mecanismo de ellos y sabía los puntos vulnerables para desbaratar su mecanismo. Ello le llevaría varios días pero investigaría minuto a minuto todos sus movimientos.

Sergio advirtió en el rostro de su amigo que su cerebro trabajaba pensando ya en la huida y, después de rozarle levemente el brazo, una ligera sonrisa de Sam le confirmó sus pensamientos, dándole valor suficiente para seguir adelante.

Siguieron por otro corredor y se detuvieron frente a un elevador.

—¡Entrad! —ordenó uno de los guardianes.

La puerta corrió hacia un lado y sólo los dos quedaron dentro. Éste empezó a descender; lo hizo durante 30 segundos, a una velocidad moderada hasta que…

—¡Salid! —vociferó otro.

—Son poco explícitos, ¿eh, Sam?

—¡Silencio! ¡Hablaréis cuando os lo ordenen! —cortó rápidamente el mismo.

Otro largo corredor con escasa luz y pésimo estado fue todo lo que vieron al salir. Empezaron a andar de nuevo; sus pasos se apagaban en el largo túnel y sólo un débil susurro se oía. Luego el silencio volvió a invadir el lúgubre recinto. Se detuvieron frente a otra puerta y uno de los guardianes pulsó un resorte situado de un modo casi imperceptible, a un lado de ella. El mismo muro pareció cimbrearse ante el lento movimiento de la colosal puerta, de 50

centímetros de espesor. Pasaron y el muro volvió a cerrarse tras ellos.

—¡Extended el brazo izquierdo! —ordenó alguien, mientras otro les desgarraba la manga para colocarles una especie de anilla en el mismo bícep.

—¡No somos esclavos! —gritó encolerizado Sergio.

CAPÍTULO XI

Igor sonreía satisfecho frente al cerebro localizador de voces de Liz, mientras éste introducía en el tanque del combustible una nueva carga del compuesto U-235-Ferrina. Este último elemento era el que deberían extraer de la mina Sergio y Sam, junto con los demás.

—¿Cuánto tiempo necesita para hacerlo funcionar? —preguntó con insistencia Igor.

—Tiene que llegar la esencia a las células productoras del sonido —dijo Liz e infirió—: es entonces cuando se localiza la voz seleccionada.

—¿Seleccionó ya la del General?

Igor se refería a la del General Brito. El complicado mecanismo del cerebro era muy cuantioso en tiempo y dinero, pero extremadamente efectivo… Liz tenía enfocado en la pantalla de 40 por 20 pulgadas la imagen del edificio de la

P. S. T.

Con una nitidez sorprendente ésta se fue acercando hasta llegar al punto de localizar al General. En el mismo momento cambió de posición una palanca y un haz de luz blanca y difusa perforó el aire para incrustarse en poco más de un segundo en la ventana de la oficina de Brito. Sus rayos penetrarían en el despacho impregnando su cuerpo y a partir de entonces, todo cuanto hablase sería grabado por la máquina y revelado en un tiempo mínimo de diez horas.

—Ahora hay que esperar —dijo Liz.

Mientras, el General pulsaba un botón en el tele-traductor para dar órdenes concretas a la base de cohetes-caza.

—Habla el General Brito —empezó—. Estén dispuestos 20 cohetes para mañana. El Comandante elegirá a los más veteranos. Carguen cápsulas-niebla…

Éstas fueron las únicas palabras pero cada hombre sabía ya su misión desempeñar. Luego conectó con el Comandante.

—Escuche, Sandar: puede ser una misión difícil. No hemos tenido noticias de ellos. Algo o alguien les impide hacerlo. Si este silencio persiste, mañana nuestros cohetes surcaran una vez más el aire en dirección a Lotus…

—De acuerdo, General. Estará todo dispuesto.

Brito dio media vuelta a la silla y quedó pensativo, mirando por los grandes ventanales la maravillosa urbe que se extendía a sus pies, hasta disiparse en la lejanía.

Entretanto Sergio y Sam era conducidos al lugar que les había sido destinado para extraer de las entrañas del satélite terrestre el material insustituible para Liz.

La mina era espaciosa y un número incontable de diminutas estalactitas hacían de ella que sus moradores se encontrasen transportados al mundo de las cavernas donde el paso de los años —igual que la concreción calcárea que, en forma de cono irregular pendía del techo, debido a la filtración lenta de aguas había trabajado sus punzantes agujas—, harían también con lentitud que sus cuerpos envejecieran hasta su consumición y otros vendrían a reemplazarles, sin notar las viejas estalactitas el paso de otra generación.

El suelo era bastante plano, ya que se había procedido a la extirpación de todas las estalagmitas, y sólo las más pesadas rocas rompían la monotonía de la caverna, de unos diez mil metros cuadrados.

A un extremo de ésta surgía de un socavón un pequeño riachuelo que seguía hasta uno de los recodos de la cueva, a unos treinta metros, y se perdía por debajo de una roca. El agua era limpia y potable, y a nadie se le prohibía beber cuantas veces lo necesitase.

Numerosas pantallas de mercurio habían sido colocadas por todos lados, anulando por completo cualquier sombra.

Sergio trató de abrir la anilla magnética que le sujetaba al robot. De ella partía un cordón metalizado de unos dos metros, el cual iba conectado a un dispositivo de avance. Es decir, cuando Sergio avanzaba tenía forzosamente que tirar del cable y el robot caminaba también. A partir de entonces aquellos hombres

metálicos, de dos metros de altura y 200 kilos de peso, serían la sombra de ambos.

—Es inútil —dijo Sam—, sólo cuando se corte el circuito eléctrico se abrirán estas anillas.

—Tenemos que hacer algo —objetó Sergio—. Liz habrá hecho funcionar su máquina…

—Nada podemos hacer por ahora. Seguramente están controlando todos nuestros movimientos; debemos esperar unos días.

—Mira —dijo Sergio, señalando a la puerta—, sólo es uno. Están seguros de la efectividad de los robots…

Luego siguió buscando, dejando de vez en cuando en un recipiente metálico una diminuta lentejuela de Ferrina, mientras los dos robots, impertérritos ante las desconfiadas miradas de ambos, seguían todos sus movimientos, dándoles siempre la cara. No podían estar de lado ya que las anillas ejercían una atracción que sólo la acusaba la parte posterior de aquellas moles de acero.

Mientras, Igor sonreía con satisfacción frente a la pantalla que reflejaba la imagen de la mina, controlando así cualquier movimiento de los que trabajaban. Luego conectó las pantallas correspondientes a cada uno de los robots que vigilaban a Sergio y Sam y observó unos instantes sus movimientos. Éstos seguían trabajando y nada hizo notar a Igor los planes que estaban forjando ambos para salir de aquel mundo inhóspito.

Desconectó la imagen y seguidamente conectó con la sala donde se encontraba el cerebro electrónico de Liz.

—Escuche con atención, Profesor. Quiero que enfoque sus rayos hacia sus dos amigos… Quizá averigüemos algo interesante…

El tiempo, lento pero inexorable, marcaba su pauta incontenible. Casi diez horas habían transcurrido desde que Liz localizara al General Brito; Igor miró su radio-reloj y se dirigió al encuentro del Profesor. Momentos después la máquina reproducía fielmente, sin el menor error, la conversación sostenida por Brito y Sandar acerca de la preparación de cohetes con cápsulas-niebla.

—«Habla el general Brito: Estén dispuestos 20 cohetes para mañana. El Comandante elegirá a los más veteranos. Carguen cápsulas-niebla…».

Después de escuchar atentamente el plan trazado por Brito, el

Profesor situó los rayos que deberían localizar las voces de Sergio y Sam, en posición vertical, dirigidas hacia la mina. Durante unos segundos la pantalla iba mostrando diversos lugares de ella, hasta que en el rectángulo aparecieron los dos, entregados a su ardua tarea.

—Bien —dijo Igor sonriente—, comuníqueme cualquier novedad; estaré en mi despacho.

Liz no contestó, limitándose a hacerlo con un simple gesto.

Igor no fue hacia su despacho. La conversación del General le preocupaba; sabía que éste tenía medios suficientes para preocuparle y empleó su única arma con la que podría retenerle.

Con paso rápido irrumpió en la sala de comunicaciones.

—¡Rápido, comunica con la
P. S. T.
terrestre! ¡Quiero hablar con el General Brito!

El radiotelegrafista pulsó un botón correspondiente a la Tierra y la imagen del globo se reflejó nítida en una pantalla semiesférica, de unos 40 centímetros de diámetro. Debajo de ella un pequeño rectángulo se iluminó e Igor habló dando su situación.

—Aquí Lotus —comenzó—. ¿Me oye, General?

—Perfectamente —contestó el interlocutor—. Hable…

—¿Tengo que persuadirle para que no mande sus 20 cohetes con las cápsulas-niebla o prefiere que le mande tres de sus más queridos colegas?

—¡Oiga! —gritó Brito indignado—. ¿Qué clase de broma es ésa? ¿Se han vuelto locos en Lotus? ¡Conteste!

—Cálmese y escuche, General, escuche con atención ya que de su decisión dependen tres vidas.

Después de ponerle al corriente de cuanto sucedía, culminó el diálogo diciendo:

—Sea paciente, General… En breve tiempo recibirá noticias.

Luego hizo una señal y el radiotelegrafista desconectó la imagen y con ella la voz.

—¡Oiga! ¡Oiga! —gritó Brito, pulsando repetidas veces el botón de conexión, pero el circuito estaba cortado y sólo se oía el débil sonido intermitente para las llamadas. A continuación comunicó con el Comandante de la Base de Cohetes.

—Base de Cohetes. Al habla el Comandante —se oyó del otro

lado.

—¡Escuche, Sandar: Misión anulada hasta nueva orden! Han surgido contratiempos… Venga a mi despacho…

Momentos después Brito recibía al Comandante con un gesto le indicaba silencio.

—¿Qué ocurre, General? —dijo Sandar en un susurro.

—Es un caso grave —musitó también éste.

Hablando siempre en voz bajísima, Brito le puso al corriente. Luego prosiguió:

—Liz, Sergio y Sam están en un grave aprieto y no puedo trazar ningún plan para ayudarlos, ya que se desmoronaría ante el cerebro localizador de voces del Profesor.

—No entiendo, General —dijo Sandar, levantando algo la voz.

—Hable más bajo. Nos están controlando…

Brito le explicó sus suposiciones acerca de lo que posiblemente estaba sucediendo en Lotus.

—Tendrán algún punto vulnerable… —opinó Sandar.

—Lo tienen… Su propia confianza. Debemos plantearles un problema el que en encuentren la solución; una solución que nos favorezca a nosotros, lógicamente.

—En primer lugar debemos hacerles creer que ignoramos sus medios de enterarse de nuestras conversaciones. Sólo así conseguiremos burlarles; de otro modo no caerán en el engaño.

—Entiendo —repuso Sandar—. Fabricaremos un espía. Luego no será necesario dialogar en voz baja.

Brito asintió con la cabeza y se dirigió hacia la ventana. Después fingió atender una llamada y en tono normal habló.

—¡Pase!

La comedia había empezado y Sandar la siguió.

—Siéntese; el caso es grave y usted será el encargado de resolver esta papeleta, ya que todo proviene de su base…

—¿De mi base? Explíquese, se lo ruego.

—Iré al grano. En la nave de cohetes, concretamente la que está a su mando, alguien nos adelantó y comunicó con Lotus. Hace escasamente 15 minutos que he hablado con Igor; me ha dado una razón bastante contundente para que desista de tal viaje.

—¿Qué razón?

—El teniente Coronel Sergio Miranda, el Teniente Sam (mi

hermano) y el Profesor Liz parece que están en un buen aprieto. De momento tengo que claudicar ante tal coacción.

—¡Un espía y en mis propias narices! —exclamó Sandar, llevando a las mil maravillas aquella comedia.

—Encuentre a ese hombre —dijo Brito.

—Le juro que le encontraré, General…

—Sin juramentos, Comandante. Limítese a cumplir órdenes…

—Sí, señor —replicó; luego volvió a hablar en voz baja…

—… Tenemos que tener alguna pérdida positiva; es la única forma de que crean el engaño.

—Hable —dijo Brito—; sin rodeos.

Sandar le expuso el plan sugerido y fingió estar ausente. Mientras, Brito comunicaba (en un diálogo simulado) con Marte para un nuevo envío de Uranio.

—Habla el general Brito de la
P. S. T.
terrestre: Dentro de 12 horas recibirán el
U-235.
Lo mandaremos sin escolta; no conviene hacer recaer sospechas. Su precio es el convenido.

Permaneció unos segundos callados y concluyó:

—De acuerdo, seremos puntuales.

Sandar se levantó y se dirigió a la puerta de entrada. Pulsó el timbre y Brito contestó.

—¡Pase!

—Una llamada de Marte, general, reclamando el Uranio.

—Hace un instante que he hablado con ellos. Creo que Igor estará al margen de este envío.

—Es evidente. Nadie excepto nosotros lo sabe. Yo controlaré la salida.

—De acuerdo. Dentro de diez horas el envío debe pasar por la órbita de Lotus. Esperemos que sea sin novedad.

Sandar salió y sonrió de manera insinuante. Brito le imitó mientras un nuevo plan le rodaba por su cabeza. Si el envío daba los resultados apetecidos, Igor intentaría de nuevo la operación y quizás aquélla fuese la última. Luego el desconcierto sería un arma con la que Brito lucharía a su favor. Sólo cabía hacer una cosa: esperar. El tiempo era el ser supremo que, en aquel largo intervalo,

debería dar la razón o el fracaso a uno o al otro.

Brito miraba una y otra vez el reloj situado frente a él encima de la mesa. Éste carecía de saetas y eran dos colores los que inexorablemente iban marcando el tiempo: el rojo para las horas; el amarillo para los minutos. Doce rectángulos de diez milímetros por cinco y sesenta puntos de cinco milímetros de diámetro. Cuatro de ellos tenían el doble radio para mayor distinción de los minutos.

Aquel día había sido algo duro para él y sin darse cuenta el sueño le fue venciendo, hasta quedarse totalmente dormido.

CAPÍTULO XII

Igor sentado cómodamente en un diván, repasaba la lista de todos los que cooperaban en la extracción del material. Al pasar por delante de su vista los nombres de Sergio y Sam una leve sonrisa se le dibujó en el rostro. Luego dejó los papeles en un cajón —el cual cerró con llave—, y se levantó para dirigirse a la micro-biblioteca, conectó el proyector-ampliador y repasó de nuevo la fórmula del U-235.

Se mostraba satisfecho y al mismo tiempo seguro del éxito.

Aquello le dio que pensar acerca de Liz y la máquina. Si éste recibía alguna conversación quizá se lo escondería ya que su colaboración era forzada y el presagio de ser engañado le hizo dirigirse a la sala.

—… Y bien… —exclamó, mirando de manera interrogante a Liz.

—Tengo localizada la voz de Sandar —dijo el profesor e infirió —: Es el Comandante de la Base de Cohetes. Después de su llamada estuvo hablando con el General.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

—Nueve horas.

Liz actuaba sabiendo que perjudicaba a Brito, pero las vidas de sus dos compañeros le importaban más en aquella ocasión.

Mientras, Sergio y Sam se percataban de algo que quizá más adelante les podría ser de mucha utilidad. La anilla que les sujetaba con el robot se fue abriendo lentamente y era el guardián que estaba en la cabina junto a la puerta el que había ejecutado tal operación. Éste estaba cómodamente sentado y la pequeña torre de control quedaba a tres metros de altura y el acceso a ella se hacía por mediación de una escalerilla metálica. El hombre que estaba al cargo de todos podía dejar libres a uno cualquiera o a todos a la

vez, si cortaba el circuito que había entre el robot y la anilla. En aquella ocasión como en muchas otras, los aros imantados se abrieron y todos quedaron libres momentáneamente.

—Parece que nos soltaron —exclamó Sam.

Sergio iba a hablar pero optó por no hacerlo. Levantó la mirada y tocó con el codo el brazo de su amigo.

La puerta se abrió y varios hombres armados irrumpieron en la mina. Uno de ellos, con un atavío que le diferenciaba de los demás dejó oír su voz, que sonaba clara y tajante.

—¡Sitúense!

Los más antiguos avanzaron hacia el centro; sólo Sergio y Sam no comprendían aún los medios que empleaban allí y fueron los últimos en colocarse. Segundos después cuatro metros cuadrados de estalactitas se desprendían de las demás para ir descendiendo hasta llegar al suelo. Los dos se miraron asombrados al ver que aquel elevador transportaba los alimentos.

—¡Comida automatizada y en abundancia! —dijo Sam.

Las raciones estaban ya hechas y cada uno fue cogiendo la que le correspondía.

Los dos cogieron su parte y se sentaron en una de las rocas.

—Esta comida iguala a la de los más buenos hoteles terrestres —dijo Sergio y agregó—: bien alimentados les somos más útiles…

Sam dejó de masticar y le miró con desdén.

—No seas aguafiestas —exclamó luego sonriendo—, ¿preferirías pasar hambre? Te comprendo pero así es mejor.

Los hombres de Igor permanecían a unos metros de ellos; hablaban unos con otros al mismo tiempo que sus miradas no se apartaban de los que comían.

Durante más de una hora descansaron todos, sin ser molestados en lo más mínimo. Igor no ignoraba que, conservando los cuerpos en perfectas condiciones físicas, la producción sería en mayor escala. Por otra parte él repudiaba el daño físico ya que sólo deseaba su triunfo.

—¡Vamos, coloqúense las anillas! —exclamó el cabecilla del grupo.

Cada uno se dirigió al robot que le correspondía y a desgana se puso aquel aro que luego se estrecharía lo suficiente alrededor del bícep, uniéndose al hombre metálico.

El elevador se puso en movimiento, quedando momentos después convertido en un sector más cubierto de estalactitas.

Sergio quedó pensativo mirando al robot.

—Un intermediario entre el control y la anilla. ¿No es así, Sam?

—Exacto.

La puerta, después de salir el último de los guardianes, volvió a cerrarse uniendo sus potentes fauces. Instantes después un rectángulo colocado en la parte delantera de los robots adquirió un tono gris. Era el objetivo que utilizaba Igor para vigilarles. Sam se percató en el acto del sistema y advirtió a Sergio para que continuase su trabajo.

—¿Qué ocurre?

—No te vuelvas —susurróle sin hacer ningún movimiento y prosiguió—: Esos robots llevan una pantalla que seguramente ofrece nuestras imágenes a Igor. Debemos averiguar qué tiempo tarda en volver a conectarlas…

Por su mente circulaba en aquel momento una idea que intentaría llevar a cabo si lograban cronometrar el intervalo que medía entre conexión y conexión. La pequeña pantalla se oscureció; un débil chasquido precedió a la oscuridad total. Sergio miró su reloj y continuó trabajando; dio una rápida ojeada a la pequeña pantalla y volvió la cabeza mientras decía algo a Sam.

—¿Qué ocurriría si provocásemos una falsa conexión, Sam?

—Posiblemente obligaríamos a los aros a que se abriesen… pero… ¿De dónde sacamos el cable?

—Mira —continuó Sergio, haciendo un gesto expresivo con los ojos.

Éste miró disimuladamente hacia arriba, observando el tubo de mercurio que iluminaba aquel sector.

—Esto nos llevaría tiempo; demasiado tiempo y el del control se daría cuenta. Debemos pensar algo menos arriesgado.

—Quizá es demasiado arriesgado —reconoció Sergio—; aunque consiguiéramos deshacernos de las anillas no iríamos muy lejos en este lugar desconocido.

Calló e hizo observar a su amigo que el ojo televisivo del hombre metálico había entrado en acción.

—Cinco minutos —dijo Sergio y agregó—: Controlaremos dos o tres veces más; si el tiempo en las conexiones es inexacto podría

perjudicarnos…

Mientras, Igor seguía con atención el movimiento de las agujas de los controles de sonido, ya que al llegar a su tope, el amplificador entraría en acción y se oiría de nuevo la voz del General.

Un débil murmullo se oyó de pronto en la sala, proveniente del altavoz del cerebro. Ahora se oía con mucha más potencia y Liz tuvo que regular aquel sonido que se había convertido en estridente. Luego manipuló en otros mandos y aisló de las demás la voz que había sido seleccionada premeditadamente. Ésta sonaba clara y sin interferencias. Aquella voz no se extinguiría en el vacío cósmico como tantas otras y persistiría allí grabada durante tiempo indefinido.

El diálogo que diez horas antes habían sostenido Brito y Sandar era transmitido íntegro por la máquina de Liz.

»—Iré al grano: En la nave de cohetes, concretamente en la que está a su mando, alguien se nos adelantó y comunicó con Lotus. Hace escasamente 15 minutos que he hablado con Igor; me ha dado una razón bastante contundente para que desista de tal viaje.

»—¿Qué razón?

»—El Teniente Coronel Sergio Miranda, el Teniente Sam (mi hermano) y el Profesor Liz, parece que están en un buen aprieto. De momento tengo que claudicar ante tal coacción.

—Ignoraba que uno de ellos fuese hermano del General —dijo Igor y concluyó—: otra poderosa razón por la que me facilitará las cosas si quiere verle de nuevo en la
P. S. T.

La máquina seguía transmitiendo. Igor aguzó el oído para no perder ninguna frase que pudiera desorientarle.

»—¡Un espía y en mis propias narices!

»—Encuentre a ese hombre, Sandar».

Después de pasar por alto algunas palabras sin importancia, Igor hizo una expresiva mueca al oír de nuevo la voz del General.

»—Habla el General Brito de la
P. S. T.
Dentro de 12 horas recibirán el
U-235…
(Brito seguía hablando).

Liz cerró los ojos un instante. Por enésima vez se lamentaba de aquel invento que tanto daño causaría a sus propios amigos ya que estaba en manos que lo manejaban con fines poco escrupulosos. Pero aquella vez, sin que él lo supiera, su selector de voces había servido para dar el primer paso hacia el total exterminio de Igor, que ahora se frotaba las manos, mientras que en su rostro se reflejaba la sarcástica sonrisa de un hombre que está dispuesto a todo para llegar a sus propósitos.

—Deben pasar por nuestra órbita dentro de poco —exclamó—. La máquina no se detendrá por falta de combustible —insinuó luego, mientras descolgaba un tele-teléfono situado junto a la puerta de entrada.

—¡Habla el Comandante Igor!…

Durante unos minutos dio órdenes concretas y, momentos después, cuatro naves caza partían en busca de otra nave, que jamás alcanzaría su meta según la opinión de Igor.

—Si el General cree que hay un espía entre los suyos esto nos facilitará las cosas —dijo y agregó—: pero debemos asegurarnos que no es una treta del alto mando.

—Mandó otro cargamento de Uranio. ¿No es así? —objetó Liz.

—Es cierto, pero… ¿Cómo sabemos que en realidad es Uranio? Puede que sea una trampa…

—No mandarían una sola nave. Estoy seguro que le presentaría batalla si fuese imaginario ese cargamento. Es la única forma de hacerle creer en la genuidad del envío. Por otra parte él jamás arriesgaría tanto dinero… Lo conozco y sé que no sospecha del método que se vale usted para desbaratar sus posibles planes.

Liz mentía. En aquel momento, vislumbró el verdadero objetivo de Brito, al mandar tal cargamento. Sabía que, detrás de todo aquello, había el verdadero cauce por donde el General hacía circular su plan.

Igor quedó pensativo unos instantes e infirió: creo que tiene razón profesor. No obstante, doblaré el número de naves caza…

Las cuatro naves apostadas en lugares estratégicos esperaban la señal para partir hacia su objetivo. Cuatro más se unieron a ellas. Igor se había dirigido al observatorio y desde allí controlaba el momento que la nave terrestre debía pasar por el campo gravitatorio de Lotus.

Momentos después, el radiotelescopio percibía el sonido característico de un vehículo desplazándose a gran velocidad. Igor pulsó un botón; la orden estaba dada y los ocho cazas hicieron rugir sus motores al unísono, dejando atrás en pocos segundos sus lugares de emplazamiento.

En otro lugar, la nave portadora del valioso cargamento era observada detenidamente. Brito miraba a través del ultratelescopio esperando el momento de ver aparecer las naves de Igor. No tuvo que esperar mucho tiempo, ya que ocho puntos que empezaron a cobrar forma en el campo visual de la lente se acercaban como relámpagos a su nave. Luego, una pasarela invisible se estableció entre los ocho vehículos, quedando en el centro el que debía ser asaltado; las pequeñas cúpulas dejaron paso a los hombres de Igor, que se deslizaron a través de los rayos sólidos hasta alcanzar la nave. Sus pistolas apuntaron amenazadoras, al mismo tiempo que hacían gestos para que abriesen la escotilla. Ésta se deslizó hacia un lado, quedando al descubierto los dos pilotos, que miraron con ojos desorbitados a aquellos piratas del espacio.

—¡Vamos, trasladen el Uranio! —gritó uno de ellos sin dejar de apuntar.

En poco tiempo el cargamento había cambiado de lugar. Era inútil por lo tanto continuar el viaje. Después que los cazas de Igor se alejaron, los hombres de Brito viraron en redondo y enfilaron su proa en dirección a la Tierra. Los pilotos pensaban en lo inverosímil del caso ya que era inaudito que el metódico General cometiese el fallo de no prever un caso semejante, pero ellos ignoraban los argumentos que habían inducido a Brito a efectuar aquella venta sin escolta alguna.

La nave aceleró la marcha y pronto entraron en contacto con la atmósfera terrestre. Al mismo instante, las ondas portadoras del insólito caso surcaban el espacio hasta llegar a los oídos del radiotelegrafista.

Una vez recibido el mensaje el tele-traductor instalado en el despacho del general sonaba con insistencia.

—Habla el General Brito…

El radiotelegrafista empezó a hablar y en el rostro de Brito se marcó una sonrisa. Luego colgó e inmediatamente pulsó un botón del mismo traductor. Al cabo de unos segundos se puso su

interlocutor.

—Todo salió conforme lo previsto. Venga a mi despacho; esta vez le presentaremos a Igor la batalla final…

Brito se sentó cómodamente mientras sacaba un cigarrillo vitamínico.

Otro cigarrillo era consumido en otro lugar del cosmos en idénticas condiciones. Con aire de satisfacción miraba al hombre que había hecho posible aquella nefasta acción. Después de unos minutos de silencio exclamó:

—… Y bien, Profesor… No parece estar contento del éxito… De nuestro éxito.

—¡Su éxito! —replicó Liz y continuó—: Recuerde que actúo bajo su presión, ya que mi máquina fue hecha para la Tierra y para sus fines…

—Después de todo se está utilizando para ella. ¿No cree? —dijo Igor, maliciosamente.

—Su broma es de mal gusto. Algún día se sabrá la verdad y entonces…

—¿Debo tomarlo como una amenaza, Profesor?

—Le prevengo. Esto no durará siempre. Si no encuentran al supuesto espía sospecharán algo y si se deshacen de nosotros sus días estarán contados.

—Luego…, según sus teorías, ¿debo pensar que me encuentro en un callejón sin salida?…

—Eso depende de su imaginación y de su decisión seguirá o perecerá este planeta.

—Nadie es capaz de regir su propio destino ni de cambiar el curso de la historia. Mi destino parece que fue trazado ya y la historia hablará algún día de Igor Santieri, el hombre que desafió las leyes de un mundo; un mundo que se obstinó en vencerle y que sólo consiguió en su obstinación cargarse en su conciencia con el peso de tres vidas…

—Me da usted lástima, Igor…

—Lamento decepcionarle, pero ya le dije que el destino está trazado con anterioridad y ése es mi destino.

CAPÍTULO XIII

La sala era espaciosa y alrededor de una plataforma semiesférica varios jefes de las oficinas de la
P. S. T.
trataban de hallar la solución para rescatar a los tres prisioneros de Igor, sin arriesgar sus vidas.

El General sabía que hablar con normalidad era arriesgarse ya que la máquina del profesor estaba al acecho de cualquier diálogo y se tuvo muy en cuenta la cuestión. Todos, sin excepción, se colocaron unos microamplificadores en los tímpanos. Sobre la mesa y frente a cada uno había el micro y sólo susurrando las palabras, los diminutos altavoces se encargaban de llevar a sus oídos la frase, clara y sin perturbaciones. Empleando tal sistema Igor nunca se enteraría de lo que allí se estaba tramando.

Brito puso al corriente a todos los concurrentes de lo acaecido en los últimos días, desde el comienzo de aquella odisea.

Siempre hablando en voz baja pidió que todos expusiesen sus ideas y objeciones ya que el caso era difícil de desarrollar satisfactoriamente, teniendo como principal enemigo el cerebro electrónico de Liz.

—Y bien —concluyó—, les ruego que expongan sus ideas y entre todos quizá saquemos la solución…

Durante dos horas todos los temas que se enfocaban fueron objeto de diversas controversias, ya que unos eran tal vez factibles pero ponían en peligro la vida de los prisioneros; otras carecían de fuerza para enfrentarse al prevenido Igor. Uno de los temas de rescate era posiblemente el más seguro para todos pero las arcas del estado habrían descendido de un modo alarmante y quizá ni así se podía considerar satisfactorio el cambio.

Brito escuchaba de buen grado las tácticas a emplear sin ver la solución que debía cortar tajante aquella molesta situación, puesto que él más que nadie acusaba tal presión. Después de hacer un gesto con la mano para que guardasen silencio dio su parecer…

—Bien —comenzó—, he escuchado todas las maneras en la que ustedes actuarían…

Hizo una ligera pausa y prosiguió: Sé que esta idea podrá poner en peligro tres vidas, pero tenemos un arma con la podemos desbaratar los planes de Igor: Su desconcierto.

Después de expuesta su idea esperó las objeciones de todos, las cuales, parecían estar de acuerdo todas. Brito había enfocado la cuestión por el punto que parecía vulnerable y el resultado en aquella reunión fue satisfactorio.

—Y ahora escuchen: A partir de ahora nuestras conversaciones serán en voz normal; es la manera de poder llevar a buen fin esta misión.

—¡Señores! —comenzó— debo comunicarles que el servicio de inteligencia logró descubrir lo que hasta ahora hacía fracasar nuestros envíos. En este edificio, concretamente en la base de cohetes estaba el espía…

Un murmullo invadió la estancia y de nuevo se guardó silencio.

—Sí, señores, un hombre que durante mucho tiempo ha estado en comunicación directa con Igor Santieri.

—¿Quién es el traidor?

—El Comandante Sandar.

De nuevo y mucho más fuerte el murmullo resonó en la sala como un estruendo.

—Lamento darles tal noticia ya que todos, sin excepción, siempre confiamos en él, pero ésta es la realidad por dura que sea. El Comandante Sandar Zoltan, Jefe de la Base de Cohetes de la Policía Sideral Terrestre deberá ser condenado al destierro, por traidor…

—… Y ahora escuchen con atención: Dentro de doce horas exactamente un nuevo envío de Uranio surcará el espacio en dirección a Marte. Sandar no podrá esta vez entrometerse. Este cargamento será el mayor de cuantos hemos mandado y por tal motivo llevará consigo una escolta como medida de precaución. Si Igor llegase a percatarse de este envío podría apoderarse de él ya

que la escolta no sería suficiente para defenderse contra sus naves. El número que mandaría él excedería el nuestro.

—Tenemos al espía, luego… nada debemos temer —aclaró uno.

—Exacto; no obstante sean cautos en sus conversaciones.

Brito hizo una ligera pausa mientras con un ademán insinuaba a todos que se colocaran de nuevo los amplificadores. Antes de hablar en voz baja dijo algo para que el cerebro electrónico de Liz lo grabara.

—Y ahora, señores les ruego que me dejen solo. He tenido un día agotador… Los años no pasan sin dejar huella.

—Estén en contacto conmigo.

Luego hizo un guiño y su voz dejó de oírse en el aire, captándola sólo los pequeños altavoces.

—Escuchen con atención: Como dije antes, nuestras naves partirán dentro de doce horas pero naturalmente sin carga alguna, es decir: existirá una carga en cada una de ellas… Una carga atómica. Serán veinte las naves preparadas para este fin…

—¿Conocen nuestro último invento? Naves por reflexión.

—Nadie nos ha hablado de ello —dijo uno y agregó—: el Boletín no dice nada a ese respecto.

—Lo sé. Esperaba esta ocasión para comunicarles que es ya un hecho comprobable. Hasta ahora no era seguro.

—Estamos impacientes por saber de qué se trata —comentó otro.

—Bien. Estas 20 naves están dispuestas de manera que en el espacio dan la sensación de que son 500 o consumiendo hasta el límite su poder reflexivo podemos hacer que se conviertan en 700. Me explicaré: Cada una de ellas refleja a unos quince metros de 30 a 35 vehículos más y es imposible percibir a la nave auténtica a menos que otra se aproxime hasta unos 50 metros.

—Una buena carga radiónica desintegraría cualquier nave a esta distancia. ¿No es así, General?

—Ése es mi plan. Igor cuenta en sus bases con unas ochocientas naves-caza. No las mandará todas y suponiendo que el número de naves que salga a nuestro encuentro sea parecido, quedaría desguarnecido después de la destrucción de las otras…

—¿Qué ocurriría si fallase nuestro plan? —comentó el que estaba a su lado.

Brito suspiró levemente y dijo: ¿Usted qué piensa, teniente?

—Creo que sería la batalla definitiva como usted dijo, pero en perjuicio nuestro…

—Así es y Liz, Sergio y Sam desaparecerían del mundo de los vivos.

—¿Los matarán si nuestro plan da resultado?

—Nadie puede contestar a esa pregunta, pero creo que Igor daría más valor a su propia vida que al odio que pudiera sentir por los prisioneros. Después de todo ellos no habrían colaborado en este caso.

—¿Huiría?

—Es lo más probable en un hombre de la talla de ese canalla.

—Bien, señores, creo que sólo nos resta hacer una cosa: esperar. Se les comunicará en detalle todo cuanto vayamos averiguado.

En silencio todos fueron levantándose y en pocos segundos en la sala sólo quedó Brito que gestionó rápidamente mediante las fichas plásticas de orientación, el delicado problema que Igor le había planteado.

… Y mientras, en las minas de Lotus, dos hombres trataban de controlar con exactitud unos minutos que quizás fuesen decisivos para sus vidas.

Durante media hora cronometraron el intervalo que mediaba entre cada conexión efectuada en las pantallas televisivas de los robots.

—Es bastante exacto. Su promedio es de cinco minutos —dijo Sergio.

—Deben tener algún sistema automático —replicó Sam.

—Es necesario que observemos el cable —continuó Sergio mirando disimuladamente el tubo de mercurio.

—Puede que estén conectados todos y en tal caso nos delataríamos nosotros mismos —observó Sam.

—Tenernos que arriesgarnos; si no sale bien sólo habremos perdido tiempo ya que volveríamos al mismo lugar, aunque quizás mucho más vigilados.

—Procuraremos que salga bien. Mira, el cable actúa en solitario. Debe tratarse de una corriente especial.

Los dos a un tiempo recorrieron con la vista el curso del hilo, interrumpiéndose en un cuadro situado al lado de la torre de

vigilancia. Una docena de clavijas estaban dispuestas para transmitir o cortar la corriente a varios tubos, por sectores.

—Es una instalación ordinaria —dijo Sam y agregó—: Creo que nada ocurrirá si partimos el cable…

—¡Cuidado! Vuelven a mirar.

Transcurrieron algunos segundos antes de que la pequeña pantalla se oscureciese totalmente.

—¡Ahora! —dijo Sergio, mirando hacia la torre.

Sam tiró ligeramente del cable que le unía al robot y éste avanzó con parsimonia unos pasos.

—Este hilo no tiene más que un milímetro de espesor. Será fácil partirlo en dos.

Con tranquilidad pero con movimientos contundentes fue doblándolo en uno y otro sentido, obligándolo a hacerse cada vez más elástico.

El tiempo era uno de los mayores enemigos el cual tenían que vigilar constantemente, puesto que un segundo significaba el ser vistos y sus planes se vendrían abajo.

—¡Quieto, Sam!… La pantalla —advirtió Sergio.

—Esto empieza a ceder —dijo, mientras depositaba en la bandeja algunos minúsculos fragmentos de Ferrina.

La pantalla volvió a desconectarse. Sam hizo el gesto para intentar de nuevo segar el cable y Sergio lo detuvo cogiéndolo con disimulo del brazo.

—Espera si logramos deshacernos de las anillas tenemos que saber de antemano la forma en que debemos actuar…

—¿Qué sugieres?

—Obligaremos al de la torre a abrir las anillas de los demás. Solos no conseguiríamos nuestros propósitos.

—Es imposible acercarse sin ser vistos…

—No nos acercaremos.

—¿Entonces?… —dijo Sam extrañado.

—Escucha…

Sergio no pudo terminar.

—Ahí están esos curiosos observándonos. Sigamos trabajando.

Momentos después la luz dejaba de lucir en aquel sector y Sergio puso inmediatamente su pían en marcha. Rápidamente conectó el cable a la anilla de Sam y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Era débil y lo aguantó perfectamente. El robot se tambaleó al ser quemados algunos de sus finísimos hilos.

La operación había durado un minuto y Sam estaba libre. Otro minuto transcurrió hasta que Sergio quedase también en libertad. Disponían sólo de tres minutos escasos y Sergio actuó con rapidez haciendo un gesto al de la torre, mientras fingían tener las anillas sujetas a ellos.

—¡Eh, amigo! Nos quedamos a oscuras.

El vigilante bajó por la escalerilla empuñando una pistola radiónica y con cautela se dirigió hacia allá.

—¿Qué ocurrió? —exclamó, mirando a ambos con recelo.

—De pronto la luz empezó a palidecer y…

—Mira —dijo Sam—, el cable está partido. Ésa es la razón…

Durante una fracción de segundo dejó de apuntarles al mirar el lugar que le señalaba Sam y esto fue suficiente para que Sergio se abalanzase sobre él, presionándole la yugular con el antebrazo.

El desprevenido guardián iba a disparar y Sergio presionó con mucha más fuerza, haciéndole desistir de su empeño.

—¡Suelta esa arma o te juro que será la última que empuñes en tu vida!

La pistola cayó al suelo y Sam se apresuró a recogerla.

—Esto está mejor —continuó Sergio, dándole un fuerte empujón que hizo rodar por el suelo al aturdido guardián. Penosamente se incorporó echándose hacia atrás ante el amenazador gesto de Sam.

—¡No, Sam! Nos conviene su vida —gritó Sergio y añadió—: Colócate la anilla ¡Rápido! Tenemos que ganar los cinco minutos siguientes.

Sam levantó el brazo y golpeó al de la torre, que se desplomó en el acto. Diez segundos después la cámara televisiva volvía a controlarles. Sam había unido el cable momentáneamente y nada hizo notar a Igor lo que allí se había llevado a cabo.

El plan estaba ya trazado y tan pronto como estuvieron libres de la mirada de su enemigo, Sergio reanimó a aquel hombre con unos ligeros golpes en la cara.

—¡Vamos, despierta!

Éste fue volviendo en sí.

Desde el primer momento todos se habían dado cuenta del incidente, pero Sergio hizo un ademán para que continuasen su

tarea.

Mientras Sam le clavaba la pistola en los riñones Sergio se introdujo en la torre.

—¿Cómo desconectas las anillas? —dijo.

El que estaba al cuidado de ellas vaciló un instante pero ante la presión que ejercía Sam en sus costillas optó por hablar.

—Pulsa los botones verdes del cuadro…

Sergio escuchó con atención y lo hizo. Momentos después todos gritaban de júbilo al comprobar que los aros que les unían a los hombres metálicos se abrían hasta que sus brazos volvían a recobrar la libertad.

—¡Silencio! —exclamó Sam—. Ahora escuchad con atención porque de todos depende el éxito: Nada podemos hacer sin armas, es decir, tendremos que ponernos de nuevo las anillas y esperar la hora de la comida.

Luego miró el reloj.

—Faltan escasamente dos minutos para que vuelvan a mirar por la pantalla de los robots. Colocaos las anillas y esperad nuestras órdenes.

Todos, en silencio, hicieron lo que Sam dijo.

—¿Aprecias tu vida? —insinuó Sergio al centinela.

Capítulo XIV

Entre tanto, por los espacios siderales, una voz femenina se propagó velozmente y un tele-teléfono sonaba en otro lugar.

—Diga. Al habla Sandar Démon.

—No es necesario que te identifiques —contestó la interlocutora y añadió—: reconocería tu voz aunque te hallaras al otro mundo…

—¿Eres tú, Lina?

—Pronto olvidaste mi tono.

—No esperaba esta llamada. Perdona.

Sandar iba a continuar pero optó por callar y apartar un poco el micro de su oído, ante el alud de palabras que estaba escuchando.

—Conocía muy poco a Sonia y nunca pensé que llegaseis a un acuerdo… un acuerdo que me deja en segundo lugar.

—Escucha: Sonia no es lo que te piensas…

—¡Calla! —gritó encolerizada—. ¡Graba mi voz en tu mente si es que tienes algún rincón para mí, porque no la volverás a oír nunca! ¡Nunca!

—¿Cómo supiste?… —Trató de preguntar Sandar.

—¿Importa eso? Eres un canalla y te arrepentirás de haberte burlado de la hija del comandante Igor Santieri.

—¡Espera! —gritó éste, al adivinar que Lina iba a cortar la comunicación.

—¿Pretendes que olvide lo sucedido? —dijo ella.

—Te conviene escuchar esto: Si en adelante vamos a ser enemigos irreconciliables debo decirte que no intentes hacer de tu presunto padre un enemigo contra mí.

—¿Has dicho presunto padre? ¿Qué insinúas?

—No es una insinuación. Es evidente que Igor no ha sido jamás tu verdadero padre…

—¡Sandar Démon! —gritó encolerizada—. ¡Eres un canalla! ¡Eres un…!

La frase fue cortada por una risotada de él.

Ella colgó el aparato con furia y se sentó con brusquedad, rompiendo en llanto estrepitosamente. Luego se levantó y cogiendo lo primero que se interpuso entre sus manos, lo estrelló en la pared; otro objeto dejó de existir completo para hacerse añicos junto con un valioso jarrón… otro… y otro, hasta que unos golpes en la puerta la sacaron de su absorto estado.

—¡Lina, abre la puerta! —gritó—. ¡Vamos, abre!

A desgana obedeció y la figura de Igor apareció en el umbral.

—Algo grave te debe ocurrir —dijo, observando el lugar donde momentos antes había estado el jarrón.

—Cierra la puerta, por favor.

Igor pulsó un resorte y una lámina metálica surgió del muro, cerrando herméticamente la estancia.

—¡No me importa que no seas mi padre verdadero; tampoco me importa que hayas guardado durante tantos años el secreto, pero hay algo que sí quiero saber!…

—¿Quién te informó? Por tu manera de hablar fue con intención de dañarte…

—¿Qué relación hay entre tú y Sandar… Sandar Démon?

—¿Nuestro agente en Marte?

—Sí.

—La única que puede haber entre un vendedor, en este caso el general Brito; un comprador, yo y un intermediario, Sandar. Ésta es la única razón que nos une. Recuerda que uno de los últimos envíos lo interceptó él…

—¿Sólo eso?

—Desde luego, aunque… no comprendo tu actitud, Lina. ¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

—¡Ha ocurrido! ¡Sandar es un farsante!…

—Explícate —exclamó con impaciencia Igor.

—Tú sabes lo que había entre nosotros —aclaró ella.

—Sé que pensabais casaros un día de ésos… En cuanto él regresara.

—Así estaba previsto, pero decidió hacerlo con otra mujer…

—¿Estás segura?

—Sí, aunque tal vez sea una boda pasajera. El frío de Marte le debió helar los sentidos.

—Escucha: No pretenderás que…

—¡Sí! ¡Debes hacerlo! Para mí sigues siendo mi padre…

—Dame algo de beber, anda. Sentémonos y hablaremos de este asunto con tranquilidad. ¿Quieres?

—De acuerdo. Trataré de ser explícita y… también trataré… de calmarme…

Lina hablaba entrecortando las palabras y con un nerviosismo que no podía dominar.

—Cálmate. Toma, bebe; te sentará bien.

De un solo trago vació el contenido y un estremecimiento le pasó por todo el cuerpo, adquiriendo su rostro una expresiva mueca. Luego dejó el vaso y se sirvió de nuevo.

—Y bien… —insinuó Igor—. ¿Cómo sabes lo de Sandar?

Lina entrelazó los dedos, formando un tremendo lío con ellos y se dispuso a explicarle todo cuanto había sucedido.

—Todo empezó el mismo día que llegaron los dos extranjeros.

—¿Te refieres a los amigos del profesor?

—Sí. Uno de ellos, el más bajo lo dijo sin pensar con quién podía estar hablando.

—¿Dijo que encontró a la otra con él?

—Eres demasiado expresivo —dijo ella.

—¿Lo dijo? —insistió Igor.

—Sí.

—Lamento que haya sido él quien te haga pasar este difícil momento, pero…

—¿Quieres decir que no harás nada?…

—Escuche, hija. No puedo ni debo mezclar vuestros asuntos sentimentales entre la misión que viene desempeñando Sandar. Lo siento, no pretendo inmiscuirme en tu vida privada, pero creo que vas demasiado lejos en los asuntos del corazón…

Luego quedó un instante pensativo y pasó la mano por el cabello de Lina.

—Mandaré que arreglen esto. Si me necesitas estoy en la sala con el profesor.

—Bromeas… Te he necesitado y ya lo ves… —insinuó ella.

Igor salió y se dirigió con paso rápido hacia la sala del cerebro.

—Puedes marchar —dijo a uno de sus hombres.

Mientras, dos pensamientos estaban unidos sin saberlo cada uno de ellos, a pesar de sus diferentes posiciones: uno el de una mujer despechada por el amor, que intentaría a toda costa devolver de manera contundente todo el rencor que había acumulado en pocos minutos: Lina; otro el de un hombre, cuyo fin de su existencia era trabajar para el bien de los suyos y acarrear consigo el peso enorme de una misión que ahora veía frustrada por azares de la vida, por ser ella la hija de uno de sus mayores enemigos, el cual tendría que sucumbir para el bien de la humanidad. Sam dejaría de pensar en ella. Era necesario.

Por enésima vez, Lina trataba de hallar la manera de poder cambiar impresiones con Sam, pero parecía imposible ya que no le conocía lo suficiente y se encontraba junto con los demás, en la mina.

—No obstante —pensó en voz alta—, puedo hacer una visita a esa mina. ¿Quién me lo impide?

Mientras, Sam iba llenando la bandeja sin mirar siquiera lo que ponía en ella.

—¿Qué haces? —increpó Sergio—. Estás mezclando la Ferrina con la tierra…

—Estaba distraído…

—¿Qué pasa ahora por tu mente?

—No pasa… Se detuvo en ella hace tiempo…

—No entiendo. ¿De qué me estás hablando?

—¿Recuerdas a Lina?

—¿La muchacha que nos delató?

—Ella no es culpable; no puede serlo. Está presionada por alguien… por su padre, y a veces pienso que Igor es sólo un farsante.

—Cuidado, Sam, nunca te habías puesto así por una mujer. Acaso… —insinuó.

—Creo que Lina hizo mella en mi interior.

—Vamos, amigo. En otra ocasión te creería, pero…

—Lo siento, trataré de olvidar…

—Dejemos eso ahora; creo que alguien viene.

Sam se apresuró a dejar la bandeja limpia de tierra.

—Suerte, Sergio.

Éste sonrió y continuó su tarea. Luego miró el reloj.

—No pueden ser los de la comida. ¿Quién será?

—Pronto lo sabremos. La puerta se está abriendo.

Con una rápida maniobra dio media vuelta y sin pensarlo tiró del cable, poniendo en movimiento al robot, en dirección al agua. Sergio por un momento vislumbró lo que podía ser un momento decisivo y se situó para beber, junto a la torreta de control.

—Una sola palabra o un gesto y te pulverizo —dijo, apuntando y cubriéndose con el robot.

—Relevo —fue lo único que dijo el visitante.

El de la torre descendió en silencio y miró de reojo a Sergio, que le miró impertérrito, dejando al otro que se acercase más a él. Cuando lo tuvo lo suficientemente cerca se levantó y le golpeó con la culata de la pistola.

—¡Vuelve a subir! —dijo al que debía ser relevado—. ¡Rápido! —añadió, tirando del exánime cuerpo hasta situarlo tras una roca. Luego hizo un gesto a Sam y a todos, para que continuasen trabajando y un segundo después la pantalla volvía a inspeccionar la mina.

—¿Cada cuánto efectuáis el relevo? —preguntó al de la torre una vez que estaban libres de la mirada de Igor.

—Cada cuatro horas.

—Antes vendrán los de la comida. ¿No es así?

—Sí.

—Puedes mentir, pero creo que pronto te arrepentirás de haberlo hecho…

—¡No he mentido! —exclamó, y luego prosiguió con el mismo tono—: Y me importa poco la opinión del Comandante Igor…

—¿Cómo has dicho? —dijo Sergio un tanto extrañado.

—¿Creéis que estoy aquí por ideales? No seáis ilusos. Igor paga bien a los que le sirven y esto es lo que importa…

Sergio y todos escuchaban sin dar crédito a lo que oían.

—¿Quieres decir que te unirías a nosotros?

—Lo haré si tenéis confianza en mí…

—¿Cómo estar seguros?…

—Mirad —dijo el de la torre, señalando al techo de la mina.

—¿Las estalactitas?

—La imitación es perfecta. ¿No os parece?

—¿Imitación?

—Desde luego. Di que se sitúen junto al muro.

—Ya oísteis —dijo Sergio.

Todos se pegaron a las paredes esperando con impaciencia lo que iba a ocurrir.

—¡Cuidado con lo que haces!… —exclamó Sergio.

—¿Desconfías? Vamos, sube aquí, si no quieres morir achicharrado.

Sergio subió con precaución. El centinela pulsó un botón y de las estalactitas brotaron rayos de color verdoso, que hicieron crujir las mismas rocas.

Todos los rostros palidecieron.

—Hubieras podido matarnos a todos…

—Si hubiese querido habrías caído tú solo… y ahora ¿crees en mí? Nada tengo que ver con Igor; te lo dije…

—Supongo que esta demostración merece nuestra amistad.

—¿Cómo pensáis actuar?

—Primero nos apoderaremos de las armas. Pronto vendrán los de la comida. ¿No es así?

—¿Cómo os quitasteis los aros?

—¿Crees que fue una casualidad el que nos quedásemos sin luz?

—Entiendo… Luego, provocasteis un cortocircuito.

—¿Cuántos van armados? —preguntó Sergio.

—Siete, todo lo más. Son muy pocas armas para todos.

—Serán suficientes para alcanzar la superficie, te lo aseguro.

—¿Dónde conduce esto? —dijo, mirando al techo.

—No entiendo —replicó el de la torre.

—Me refiero al elevador que nos suministró la comida.

—A la cocina.

—¿Y de allí?

—Al pasillo central donde están las oficinas.

—¿Está cerca la sala del localizador de voces?

—Queda entre esto y el pasillo.

—Sam, tú y yo saldremos por ahí. Será una sorpresa.

—Igor tiene las espaldas bien guardadas…

—Lo supongo; no hay huida sin riesgo.

—¿En qué lugar quedo yo si logramos salir de ésta? —insinuó.

—En la

habrá un sitio para ti, te lo aseguro.

—¿Cómo puedo estar seguro de lo que dice?

—¿Te convence esto? —dijo Sergio, mostrándole su placa de identidad.

«Sergio Miranda, teniente coronel del Servicio de Inteligencia de la Policía Sideral Terrestre».

—¡Vaya! —exclamó—. A sus órdenes, teniente coronel.

—Dejemos eso ahora. Tendrás tiempo suficiente de estar a mis órdenes.

—Bien, siendo así, permítame que me presente: Me llamo Andrey.

—Correcto, Andrey. Éste es mi amigo Sam.

Sam dio las últimas instrucciones y Andrey ocupó de nuevo su puesto.

Todos los rostros reflejaban el nerviosismo, esperando el momento de actuar en aquella batalla que podía ser decisiva para sus vidas.

Sergio y Sam se miraron y sus manos se entrelazaron como rindiendo homenaje a la victoria.

Capítulo XV

Igor permanecía frente a la pantalla del cerebro, esperando oír algo que le diera una nueva oportunidad.

—¿Qué le ocurre al General, Profesor? Hace horas que enmudeció.

—Creo que como todo ser mortal, es lógico pensar que esté descansando. De no ser así su voz la habría captado el localizador. ¿Qué ocurrirá con mis amigos? —dijo luego.

—No puedo arriesgarme a que digan al General la forma de enterarnos de sus conversaciones —contestó Igor.

—¡No puede tenerlos en la mina por tiempo indefinido! ¡Brito no permanecerá impasible y si algo les ocurre no vacilará en atacar!

—Cuando esto ocurra estaré demasiado lejos para temer su ataque…

»La pantalla se está esclareciendo. Pronto tendremos noticias del general —dijo Igor, pulsando uno de los botones que conectaban la imagen y el sonido. Después de unos minutos de espera, el cerebro empezó a emitir unos ruidos que fueron convirtiéndose en un balbuceo de palabras. Poco a poco éstas adquirieron claridad hasta su perfecto entendimiento y la voz de Brito resonó en el amplificador como si en realidad hablara directamente desde la misma sala—. ¡Ahí está el general! —exclamó Igor sonriente, y agregó—: Le felicito de nuevo, profesor.

Igor guardó silencio.

«¡Señores! Debo comunicarles que el servicio de inteligencia logró descubrir lo que hasta ahora hacía fracasar nuestros envíos. En este mismo edificio, en la Base de Cohetes estaba el espía…».

—¿Oye eso? —dijo Igor.

Brito continuaba hablando. Igor pasó por alto algunos

pormenores y aguzó el oído al oír el nuevo envío que pronto atravesaría el cielo de Lotus.

«Dentro de doce horas exactamente un nuevo envío de Uranio surcará el espacio en dirección a Marte. Sandar no podrá esta vez entrometerse.

»Y ahora, señores, les ruego que me dejen solo. He tenido un día muy ajetreado».

El localizador dejó de transmitir e Igor hizo un gesto a Liz para que aguardase unos minutos antes de desconectar.

—Pronto pasarán por nuestro cielo. Debemos estar preparados.

El plan de ataque había comenzado y todas las bases de naves-caza recibían la orden urgente de concentrarse en el lugar escogido por Igor. Ochocientas naves estuvieron emplazadas en menos de treinta minutos. Casi toda la flota del planeta esperaba la señal para lanzarse sobre la presa. El número que partiría debía exceder al de las naves de Brito, para tener el triunfo seguro. Igor había contado que un envío de tal envergadura como aquél lo era, el General mandaría como mínimo de quinientas a seiscientas naves en total, ya que otro de los envíos efectuados por él unos meses atrás había sido también de los mayores y la escolta no sobrepasaba los cuatrocientos vehículos.

Mientras, desde el observatorio se escudriñaba el cielo terrestre esperando ver aparecer la flota de Brito. Todas las naves tenían sintonizados sus receptores con el emisor del observatorio. Desde allí, Igor daría la orden del número de cazas que deberían partir.

Ésta no se hizo esperar mucho ya que en unos minutos el cielo pareció nublarse ante el numeroso enjambre de vehículos espaciales que se acercaba.

—¿Puedes calcular las que son? —dijo Igor al teniente.

—¡Cerca de seiscientas, señor o quizá más!

—Lo presentía… ¡Atención todas las naves! —gritó a través del micro—. ¡Partirán todas! ¡Con ochocientas cazas los aniquilaremos si oponen resistencia!

Después de esperar unos segundos la orden se propagó a todos los rincones:

—¡Partan! ¡Suerte, compañeros!…

El suelo tembló ante tal colosal vibración y los motores zumbaron al unísono, enfilando las naves su proa hacia el objetivo

ficción del general Brito.

La gran flota de Igor estaba ya encima de ellos y se dispersaron, rodeando a una distancia de trescientos metros, a todas las naves.

Varias de ellas se adelantaron lo suficiente para conversar y sus rostros palidecieron extraordinariamente al comprobar la terrible realidad.

—¡Es una trampa! —gritó como loco un piloto, virando velozmente. Toda la flota había oído aquellas palabras que no comprendían de momento, pero de nuevo el piloto gritó con más fuerza—: ¡Sólo hay veinticinco naves! ¡Las otras han desaparecido! ¡Retirada!…

Con los ojos desorbitados, el piloto presionó con fuerza el acelerador haciendo casi que estallaran los motores. El desconcierto había cundido ya y algunos aparatos hallaron su fin estrellándose con sus propios amigos.

Y de pronto…

—¡Conecte!

La voz del general Brito se oyó clara y precisa; aquélla era la batalla decisiva y no tenía necesidad de apagarla.

Una tremenda explosión perforó los mismos cimientos del Universo. Un relámpago increíble iluminó el cielo y los planetas lindantes con una intensidad luminosa equivalente a mil soles.

Una detonación terrible y sostenida fue seguida de una onda de choque desintegrante y una nube de color grisáceo se dispersó hasta alcanzar un radio de varias decenas de kilómetros.

Todas las naves se habían volatilizado y enormes vapores de polvillo atómico fundido por el intenso calor se extendía en mil kilómetros de radio.

En el centro mismo de la explosión la temperatura había alcanzado unos cuarenta millones de grados, y los efectos físicos no podían parangonarse con nada de lo conocido hasta entonces.

Para siempre, el eco de centenares de vidas quedaría apagado en los abismos siderales, hasta la eternidad…

—¡Lo conseguimos, General! —gritó el que había efectuado la fatal conexión.

—Sí, lo conseguimos a costa de la vida de muchos seres humanos… seguramente hemos conseguido también un fatal desenlace en la vida de muchas familias…

Mientras en Lotus, la gente, sobresaltada por tal colosal explosión, buscaba los más recónditos lugares para protegerse de lo que parecía el fin del mundo.

Igor quedó como petrificado al comprobar que todas sus naves habían desaparecido en menos de un segundo. Ahora estaba desguarnecido y Brito podría adueñarse de nuevo del planeta, sin dificultad alguna.

Pensó en la venganza y de quitar de en medio a los tres, pero eso de nada le serviría. Sólo podía salvarse empleando el último recurso: huir de allí. Abandonaría todo y se dirigiría a un mundo donde nadie le conociera, pero antes tenía que ver a Liz. Guiado por el odio, corrió hacia la sala del localizador.

—¡Profesor! —gritó, empuñando una pistola radiónica, y agregó —: ¡Huiremos! ¡Le necesito para mis propósitos…!

—Pierde el tiempo, Igor —dijo Liz, impasible— nuestros minutos están contados…

—¿Qué dice? ¡Hable! ¡Rápido!

—El localizador estaba conectado cuando ocurrió la explosión y el acumulador de sonido se cargó de tal forma que dispersó la energía acumulada por todos los tubos de rayos. La reacción radiactiva se acelera por segundos y la energía que está desarrollando hará que estalle en pocos minutos con una potencia superior a la explosión que hemos presenciado…

—¿Cuánto falta?

Liz miró uno de los relojes de control radiactivo e hizo un expresivo gesto de contrariedad.

—Unos cuarenta y cinco minutos.

—En ese tiempo podemos alejarnos lo suficiente de aquí.

—¡Debemos dar la alarma o todos perecerán! —opinó Liz.

—Eso me tiene sin cuidado ahora… ¡Vamos, Profesor! —ordenó, situándose tras él.

Salieron al pasillo e Igor guardó la pistola. Liz se percató de ello y le empujó con fuerza, haciéndole perder el equilibrio. Sólo intentaba ganar unos segundos para hacer cundir el pánico entre la gente.

—¡Huyan! ¡Mi máquina estallará de un momento a otro! ¡Todo el planeta estallará! ¡Den la alarma; faltan cuarenta minutos!… ¡Huyan!

Igor sacó la pistola y apuntó agresivamente al Profesor.

—¡Quieto o le juro que será lo último que diga!

—No le seguiré si no veo a mis amigos en libertad…

—¡No me obligue a matarlo!

—¡No te seguiré, Igor! ¿Qué más dan unos minutos más o menos?

La alarma había corrido como un reguero de pólvora y en todos los altavoces sonaban silbidos de alarma.

La gente corría de un lado a otro buscando la vía más rápida para llegar a las naves de salvamento y muchos perecerían pisoteados por sus propios amigos en su desenfrenada carrera hacia la vida. El pánico se había apoderado de todos y la lucha era para sobrevivir a aquella infernal hecatombe que se cernía sobre los habitantes de Lotus.

En la mina había llegado también la noticia.

—¡Abre las anillas! —gritó Sergio al de la torre—. ¡Rápido!… ¡Debemos salvar a Liz!

El reloj del control radiactivo marcaba su punto máximo, mientras que la varilla que señalaba la carga atómica iba restando el tiempo que culminaría la explosión.

Ahora señalaba el número ocho. Cada cinco minutos descendería una cifra, hasta llegar al punto cero y entonces…

Sergio y Sam se encontraban en los pasillos superiores sin saber por dónde seguir. Todos corrían alocados de un lado a otro.

Sam cogió a uno, el cual hurgó desesperadamente por deshacerse de él.

—¡Espera!

—¡Suelta! —gritó.

—¿Dónde está la sala del cerebro? Quizá podamos evitar el desastre —dijo para calmarlo.

—¡Allá, la cuarta o quinta puerta de la derecha! —contestó; luego dio un estirón y se deshizo de Sam, desapareciendo por uno de los corredores…

—¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Sin pensarlo empujaron la puerta encontrándose en un despacho.

—¡Esto es un laberinto! —exclamó Sam.

—¡Miremos allá!

La puerta estaba abierta e irrumpieron les dos a la vez en la sala.

—¡No hay nadie! —dijo Sergio y añadió—: ¡Salgamos de aquí!

Una voz femenina les hizo una pregunta que carecía de lógica en aquellos supremos momentos…

—¿Buscan a alguien?

Ambos se volvieron con rapidez.

—No teman —dijo ella—. Vengan; les debo un favor, especialmente a usted.

Sam quedó algo confuso al comprobar que se refería a él.

—¡Lina! —exclamó.

—Salgamos ahora que tenemos tiempo. Hay una nave que nos conducirá lejos de este planeta.

El reloj marcaba el número 4. En veinte minutos tenían que buscar a Liz y huir a marchas forzadas.

—Tenemos que encontrar al Profesor —dijo Sergio.

—Lo encontraremos junto a mi padre…

Tenían que hacerse paso a golpes antes no llegaron a su destino.

Para casos de emergencia habían dispuestas tres naves que emplearían los que gobernaban la ciudad.

Al entrar en el pabellón reservado una figura harto conocida por ellos les detuvo amenazadoramente.

—Podemos salvarnos todos —aclaró Sergio—. Hay sitio de sobra… y ahora deje al Profesor, ya que perdió esta batalla…

Igor estaba como loco y no atendió a razones, presionó el gatillo varias veces y los rayos mortales pasaron a unos centímetros de ambos. Sergio se abalanzó hacia él y estrelló su puño en la mandíbula de Igor, que se desplomó pesadamente, pero sin soltar el arma. De nuevo iba a disparar cuando Sam empujó con fuerza a Lina para que no recibiese el impacto.

Sergio se adelantó y puso el pie en su muñeca, haciéndole exhalar un grito de dolor.

Igor se revolvía como una fiera entre sus dos atacantes, tratando de alcanzar el arma y consiguiéndolo por un momento, pero Sergio había hecho presa de su brazo.

—¡Subid a la nave! —gritó, después de retorcerle la muñeca y obligándole a que él mismo se apuntara. Luego presionó con todas sus fuerzas y el mismo dedo de Igor pulsó involuntariamente el gatillo. En el mismo instante Sergio quedó solo y con las manos

ennegrecidas por el carbonizado cuerpo.

Lina no pudo contener el llanto y bajó luego de la nave.

Mientras, los controles del localizador marcaban el 2 y el cerebro electrónico del profesor adquirió un tono rojizo, debido a la elevada temperatura de la energía acumulada en su núcleo.

—¡Sube, Lina! —gritó Sam, desesperadamente.

—Es inútil; despegad —dijo, dirigiéndose hacia el cuerpo exánime de Igor.

Sólo había tiempo ya para cerrar la escotilla y despegar…

—¡Esperen! —gritó alguien desde la puerta.

—Es de la torre. ¡Vamos, salta! —exclamó Sam.

—¡Lina! —gritó por última vez Sam.

Ésta le sonrió y levantó la mano lentamente, como indicando que aquél era sin duda alguna el postrer despedido. Aquél era su sitio y moriría con los demás.

La nave ascendió vertiginosamente y la cúpula que cerraba la sala se abrió en el mismo instante.

El localizador marcó el punto cero y todos los relojes parecieron volverse locos.

Todos miraron atrás esperando el estallido culminante.

Una gran bola de fuego surgió de las entrañas del planeta y a ésta le precedió un descomunal estruendo que hizo paralizar por un instante sus corazones, produciéndoles tremendos dolores en los tímpanos.

Millones de toneladas de fragmentos incinerados de numerosos objetos se desparramaron en el aire, envolviendo en un instante lo que hasta entonces había sido un floreciente planeta. La energía liberada por la máquina de Liz había consumado la fatal destrucción de aquel mundo codicioso.

La onda expansiva hizo tambalear la nave hasta el punto de hacerle perder el control.

—¡Cuidado, Sergio! —gritó Sam, al ver que el cuadro de controles se le venía encima.

El hombre que habían recogido momentos antes de partir quedó aprisionado entre las dos paredes de la nave y aplastado por ellas. Liz no pudo resistir tan tremendo golpe. Su corazón pareció esparcirle la sangre por su cerebro y cayó como fulminado entre varios objetos que se le vinieron encima.

—¡Es inútil, Sam! —exclamó Sergio con un gesto de dolor y añadió—: Intenta llegar a la Tierra… Puedo resistir…

—¡Te destrozará la pierna!

—¡Haz lo que te digo!

—¡Pero…!

—¡Es una orden!

* * *

Elsa descendió del cronomóvil y se dirigió con rapidez a la oficina; Sam salió a su encuentro.

—¡Sam!… ¿Dónde está él?

—Cálmate, Elsa; está bien. Sólo que tendrá que llevar por unos días la pierna plastificada. Eso es todo.

—¡Oh, Sam! —exclamó ella, abrazándole, mientras unas gruesas lágrimas le rodaban por sus mejillas.

—Vamos, te acompañaré… Estás muy mal cuando lloras…

Elsa le cogió del brazo y le sonrió.

En la habitación estaban con Sergio, el General, el comandante Sandar y una enfermera.

—Aquí es —dijo Sam.

Elsa suspiró profundamente y empujó la puerta…

Sergio se incorporó en la cama, mirando por entre la enfermera y Sandar.

—¿Me acompaña, Sandar? —insinuó Brito—. Tenemos que ultimar algunos detalles…

—Desde luego.

—Nos veremos luego, Sergio. Adiós Elsa.

—Gracias, General —contestó él.

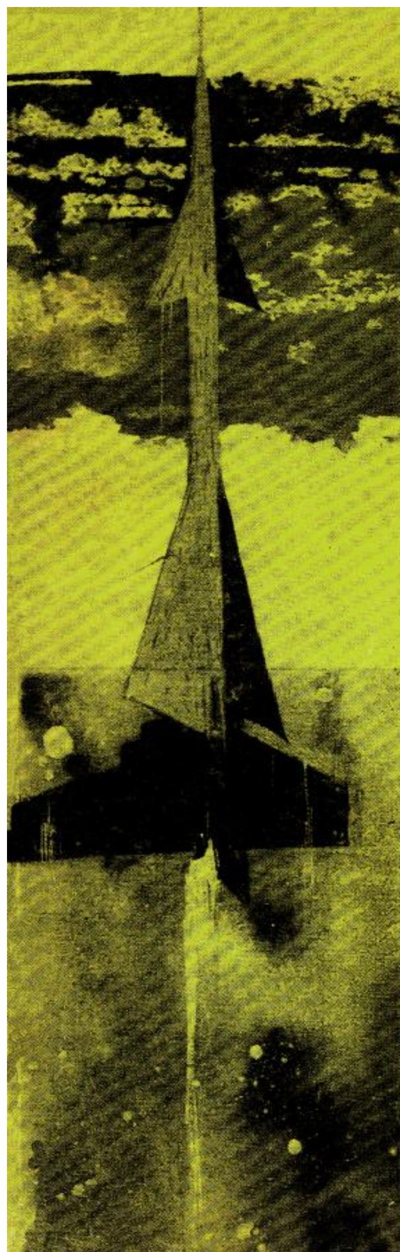
—Bien, ya ves que no mentí —dijo Sam, haciendo un guiño—. Creo que es mejor que os deje solos…

—Gracias, Sam; hasta luego.

—Voy a buscar algunas cosas… —dijo la enfermera.

Ambos se miraron y sus manos se entrelazaron. Elsa iba a hablar pero, por el expeditivo procedimiento de cerrarle los labios con los suyos, Sergio se lo impidió.


FIN



Nadie
hizo caso a Syomon.
Alguien
alzó
LA TAPA
y un terrible mal
quedó suelto.

Próximo número.

Autor:
LOUIS G. MILK

Precio: 8 ptas.

Eduardo Palacín Balaguer, usó el seudónimo de Cristopher Sande.